

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
LUIS MATHARAN

ADMINISTRADOR  
GASTON MICHEL

REDACTORES:

*Lidia Peradotto*

*Mercedes Daus*

*Arturo Vazquez Cey*

*Jacinto Cúcaro*

AÑO IX

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1915

NUM. 27

## Los saintsimonianos argentinos

- I. El renacimiento de la Argentinidad y la filosofía social saintsimoniana. — II. Echeverría y el «Dogma Socialista» de la Asociación de Mayo. — III. Influencias saintsimonistas en la juventud de Sarmiento. — IV. Influencias del saintsimonismo en la juventud de Alberdi. — V. El programa de filosofía social de Alberdi. — VI. Tendencias posteriores de esas corrientes sociológicas.

### I

#### EL RENACIMIENTO DE LA ARGENTINIDAD Y LA FILOSOFÍA SOCIAL SAINTSIMONIANA

En 1830 el pensamiento revolucionario de Mayo — Moreno — parecía caer definitivamente, tras el fracaso de Rivadavia; el pensamiento conservador colonial — Saavedra — se preparaba ya a restaurar las ideas y los sentimientos del pasado, con el triunfo de Rozas. Moreno y Rivadavia habían pensado la «argentinidad», asimilando lo nuevo europeo y transfundiéndolo en moldes americanos; la «contrarrevolución» de Rozas restauró el régimen colonial, sin otra mira que consumir la reacción conservadora sobre el plantel del mestizaje hispano-indígena.

Las ideas variaron como el régimen. Existe cierto paralelismo entre las oscilaciones de la historia po-



lítica y el predominio de los sistemas filosóficos. Hay, en efecto, sistemas que se inspiran en el libre examen, favoreciendo toda aspiración innovadora y progresista; y otros hay que procuran justificar los errores dogmáticos y las coacciones políticas, acomodándose bien con los regímenes conservadores o reaccionarios. La libertad y la democracia son amigas de la Verdad, sin velos; la tiranía y el privilegio viven del Error o solo consienten las verdades poco comprometedoras.

Lo esencial del movimiento renovador en 1837, consiste en la preocupación de crear un pensamiento nacional y de fijar las bases de la «argentinidad», estudiando las condiciones de nuestra propia evolución política y social. Nació y prosperó fuera de la enseñanza oficial, febrilmente enclaustrado, más tarde, por la proscripción. Los más grandes nombres de nuestro pasado intelectual convergen, por ese entonces, a crear una verdadera sociología autóctona, procurando adaptar la ciencia europea al estudio de los factores propios de la nacionalidad en formación. Se renovaron las fuentes políticas, jurídicas é históricas, y dos nombres ilustres — Echeverría y Alberdi — se incorporaron á la tradición argentina, dejándonos obras que, en conjunto, son verdaderos monumentos nacionales, ya se atienda a su cantidad ó a su calidad.

La Revolución argentina — representada por Moreno — se inspira en la renovación cultural operada por los Enciclopedistas; el liberalismo político — representado por Rivadavia — introduce en la naciente universidad argentina la filosofía de los Ideologistas, continuadores de aquellos.

La restauración conservadora, al renegar de su política, renegó de sus ideas filosóficas, lo mismo en Hispano-América que en España. Fernando VII, en la medioeval metrópoli, y Rozas, en la Argentina gaucha, representan el triunfo de una misma reacción contra el movimiento innovador auspiciado por Carlos III.

En España la reacción se impone durante todo el siglo XIX; no llega a preponderar en momento alguno la influencia filosófica de los enciclopedistas, los ideologistas, los saintsimonianos o los positivistas. Carlos III sigue vencido hasta la hora en que los Krausistas españoles intentan renovar la cultura nacional, preludiando a las débiles corrientes contemporáneas inspiradas por Joaquín Costa, Francisco Giner y Ramón i Cajal.

En el Plata, en cambio, durante el reaccionario paréntesis rosista, se renuevan las orientaciones filosóficas y se produce el «renacimiento de la argentinidad», paralelamente a la evolución de las ideas europeas.

En la Argentina se reprodujo con lógica estricta la evolución de la filosofía europea. Hubo, aquí como en Francia, un ligero paréntesis de apocamiento y confuscionismo, preludio de la reacción. Se preparó el destierro de la filosofía ideologista, desacreditada como teorización inútil; apareció en ese momento el eclecticismo acomodaticio y ambiguo. Pero al sobrevenir la restauración — allá orleanista y aquí rozista — las ideas de la Revolución volvieron á encontrar su cauce y renacieron vigorosas.

El sentimiento de la verdad y de la libertad no muere nunca; si en ciertos momentos de la historia parece mitigado por transitorias conveniencias políticas, es para germinar con más fuerzas y con nuevas orientaciones. En la filosofía de la Revolución había demasiado amor á la justicia y a la libertad para que no retoñase en formas nuevas; la Enciclopedia había inspirado la Ideología; ésta fué un «movimiento filosófico de tal importancia que, aún después de haber sido cohibida por la reacción política y religiosa, ha contribuido a formar a Saint Simon, A. Comte, Fourier, Leroux, Reynaud, etc.» (1). Esta

---

(1) F. Picavet, ob. cit.

renovación *sociológica* de las fuentes fisiocráticas, enciclopedistas e ideologistas, se caracterizó en Francia por el sentido «social» que asumió la filosofía; de igual manera, en la Argentina, los hombres de la «Asociación de Mayo» reanudan la tradición innovadora de Moreno y Rivadavia, al amparo de la filosofía social *saintsimoniana*.

La continuidad de esa derivación no fué absoluta ni homogénea. En Francia, los eclécticos marcan un paréntesis entre los ideologistas y el *saintsimonismo*; los amigos de V. Cousin tuvieron un período de hegemonía, más acentuado después de 1830, en que Luis Felipe de Orleans puso en sus manos la tutela de la enseñanza oficial. Al formular las grandes líneas de su sistema, Saint Simon se inspiró ciertamente en Condorcet y Cabanis; pero nuevas condiciones sociológicas habían planteado otros problemas, por ellos desconocidos, obligando á desviar hacia la sociedad los estudios que antes se habían referido principalmente al hombre. Por eso Saint Simon dió a su filosofía un contenido más sociológico y democrático, preocupándose de los derechos colectivos de la sociedad más que de los derechos aislados del hombre. Esta tendencia se acentuó más en una de las ramas del *saintsimonismo*, que más tarde adquirió relieve propio en la doctrina socialista de Pierre Leroux.

En la Argentina tuvieron muy exigua expresión las influencias del eclecticismo, insinuadas ya en la época de Rivadavia por adversarios de su política y, por ende, de la filosofía ideologista que le era concordante; cuando los eclécticos comenzaban a prevalecer en Francia, aquí prosperaba el ideologismo, con algún retraso.

Después del año 30, ya en plena reacción, el eclecticismo se insinúa aquí sin brillo y como simple arma de combate contra el ideologismo de los unitarios vencidos; fué introducido cuando en Francia se convertía en ciencia oficial e impopular, y le

dió alcance el saintsimonismo, que en forma de humanitarismo socialista reaparecía con Pierre Leroux, para combatir a Luis Felipe y al eclecticismo convertido en filosofía oficiosa. Entre los jóvenes fundadores de la «Asociación de Mayo» ese renovado saintsimonismo predomina en la concepción política y social — que era su objetivo real e inmediato, — mezclado con un inseguro eclecticismo en lo propiamente filosófico — que era, para ellos, puramente accesorio, — hasta desaparecer el segundo, por el año 40, y predominar únicamente la «filosofía social» de Leroux.

## II

### ECHEVERRÍA Y EL «DOGMA SOCIALISTA» DE LA ASOCIACIÓN DE MAYO

Siendo alumno del Colegio de Ciencias Morales, hasta 1823, Esteban Echeverría (1805-1851) recibió las primeras lecciones de «Ideología» en los cursos tan ruidosamente profesados por Lafuier y Fernández de Agüero. En 1823 marchose a Europa, continuando allí sus estudios; poco sujeto a la disciplina científica, como era legítimo dado su temperamento de poeta, siguió en París cursos de historia, ciencias políticas, filosofía, etc. Cultivó con mayor curiosidad las letras y las disciplinas sociales, mostrándose especialmente sensible al Romanticismo, que estaba en su apogeo entre los jóvenes que se empeñaban por revolucionar las letras y la política. En este doble aspecto el Romanticismo era la doctrina de la «izquierda» la bandera de una juventud revolucionaria (1).

Regresó a Buenos Aires en 1830, impregnado de esas corrientes nuevas, que más le interesaban por su

(1). Para más datos consultar la «Vida de Echeverría» escrita por JUAN MARIA GUTIERREZ, en el Vol. V de sus «Obras Completas»; ha sido reeditada como prefacio del «Dogma Socialista», por la biblioteca «La Cultura Argentina» Buenos Aires, 1915.

aspecto literario que por su fase política y social. Su actividad, durante los primeros años, fué puramente poética. Después de 1835 se vinculó al grupo de jóvenes que dos años más tarde se reunieron en la "Asociación de Mayo", interesándose en esa época por la política, con el carácter marcadamente social que tipificaba al saintsimonismo de Pierre Leroux.

En este segundo aspecto esbozó las grandes líneas de nuestra economía nacional, poniendo la experiencia como base de todo conocimiento sociológico: "no perderse en abstracciones, tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad". Su nombre inicia la lista de los cultores de la escuela histórica del derecho y de la sociología en nuestro país; quien ignore sus obras no podrá comprender algunos aspectos fundamentales de nuestra evolución nacional. El creador de la cátedra de literatura argentina en nuestra Universidad, Ricardo Rojas, ha señalado un aspecto original en las ideas de Echeverría: su estética, llena de anticipaciones interesantes y digna por todos conceptos de estudio especial (1); sus doctrinas sociológicas han sido examinadas por Vicente D. Sierra (2). De su vida escribieron Juan María Gutierrez, García Merou, Urien, etc.

La estancia de Echeverría en París (1825-1830) coincidió con la moda del eclecticismo, simpático hasta 1830 porque era la filosofía de una oposición popular, que con el triunfo de Luis Felipe de Orleans se convirtió en antipática restauración: con un significado histórico semejante al de Fernando VII en España y de Rozas en la Argentina. Mientras Echeverría estuvo en París, el eclecticismo era mirado con simpatía por los románticos (3).

(1) En "Revista de Filosofía", Buenos Aires, 1915.

(2) En "Revista de Filosofía", Buenos Aires, 1915.

(3) Los datos someros de GUTIERREZ (*Loc. cit.*, pág. XVI, nota) sobre "los maestros de la filosofía que le merecieron particular interés" en Francia, son anacrónicos. Figuran entre ellos ideólogos, eclécticos y sansimonianos; entre las obras citadas algunas son posteriores a 1830, los títulos de las restantes no son del todo exactos.

Junto a esa escuela comenzó a florecer el saintsimonismo, que a poco se definió como antitético del eclecticismo, al que substituyó bien pronto en la simpatía del pueblo y de los literatos románticos. Al morir Saint Simon, en 1825, algunos discípulos entusiastas emprendieron la propagación de sus doctrinas, en la prensa y en conferencias frecuentísimas. Una serie de éstas, organizada conforme a un plan metódico, fué redactada por los adeptos y constituyó la "Exposition de la doctrine saintsimonienne" (1828-1830). "La obra—dice H. Bougin—es capital: se encuentra en ella casi todo lo más firme y mas grande que el sansimonismo ha concebido. El sistema está presentado en su conjunto, el orden es metódico y el análisis de la doctrina debe sujetarse a él".

No sabemos que Echeverría haya conocido esas ideas ni seguido esas conferencias, antes de regresar a Buenos Aires; la obra de Leroux, que menciona Gutierrez, se publicó muchos años más tarde. Todo induce a pensar que se informó del saintsimonismo posteriormente, por la lectura de la "Revue Encyclopedique", de la "Revue Independente" y de la Enciclopedia del siglo XIX (1) que circulaban entre los jóvenes argentinos, y seguramente por influencia de Alberdi, según este mismo lo declara, como se verá más adelante. En el "Dogma Socialista" de la Asociación de Mayo, escrito siete años después de su regreso, aparecen ideas similares a las enunciadas en la "Exposition" mencionada; al comperar ambos textos se advierten algunas analogías notables y ciertas fórmulas se dirían calcadas estrictamente. Todo ello a través de la "Revue Encyclopedique".

Estas ideas de filosofía social eran el aspecto político de otra rama que, en Paris, continuaba el espíritu de la Enciclopedia y de la Ideología, a través de Saint Simon. En 1822 Augusto Comte había expuesto las ideas fundamentales de su curso en el *Sistema de política posi-*

---

(1) Ver el estudio de ECHEVERRIA sobre el sentido filosófico de la revolución de Febrero (1848) en Francia.—*Obras*, Vol. IV.



*tiva*, volviendo sobre ello en sus lecciones de 1826, interrumpidas y reanudadas en 1830; lo mismo que Condorcet y D'Alembert, señalaba a Bacon, Descartes y Galileo como iniciadores de la filosofía positiva, renovando de Cabanis el concepto fisiológico de la psicología y de Destutt de Tracy el plan de una física social.

Las ideas de Comte no parecen haber sido conocidas o asimiladas por Echeverría y por los otros fundadores de la Asociación de Mayo, en esa época; algunas semejanzas en las direcciones sociológicas se explican por la influencia de Leroux, que fué la rama política del saintsimonismo, siendo Comte su rama filosófica.

De igual cuna filosófica era Lerminier, propagador en Francia de la doctrina histórica de Savigny, que Echeverría y Alberdi introdujeron en Buenos Aires. Aquí, en 1836, el romanticismo literario se ensambalaba con la política social; se comentaba a Hugo, a Lamennais, etc., pero "había tres que eran los que más nos arrastraban: Lerminier, Pedro Leroux y Sainte Beuve" (1). Este último aparece citado por Alberdi en artículos de Montevideo, muy poco tiempo después (2).

Conviene advertir que en Echeverría no tenía arraigo serio el eclecticismo; se interesó por él, en París, en cuanto era la "filosofía de moda" y satisfacía el deseo de novedad, común a todos los románticos. En Buenos Aires, después de 1830, le sirvió para apartarse de la corriente rivadavista (que había predicado el ideologismo) sin confundirse con la rosista (que se preparaba a restanrar la escolástica colonial). Pero, a poco andar, la creciente difusión de las doctrinas sociales de Leroux—cuyos escritos eran leídos por los jóvenes de Buenos Aires que le rodeaban—fué influyendo en su mente y en la época de redactar el "Dogma Socialista" (1837) estaba ya hondamente influenciado por la nueva filosofía política de los saintsimonianos. Desde esa época hasta su muerte (1851)

(1) VICENTE F. LOPEZ: "Autobiografía", en "La Biblioteca", Buenos Aires, 1896.

(2) ALBERDI: *Obras póstumas*, vol. XV.



la orientación socialista de Leroux fué acentuándose más y más en sus ideas—lo mismo que en las de Alberdi— como es fácil de advertir leyendo el segundo capítulo de su ensayo sobre la revolución del 48 en Francia, fechado en el mismo año del suceso (1). Tiene el carácter de una verdadera profesión de fé y constituye el comentario natural del “Dogma Socialista”.

Esta adhesión a la política social del continuador de Saint Simón, fué eliminando toda simpatía por el eclecticismo de Cousin y sus amigos, que en dicho ensayo censura sin reservas; baste recordar que Leroux fué su más encarnizado adversario y dió a luz, en 1840, su por entonces famosa “Refutación del eclecticismo”. Sería, en suma, inexacto, juzgar la orientación filosófica de Echeverría por los confusos barrantos de eclecticismo anteriores a la fecha del “Dogma”, siendo que desde esa época hasta su muerte profesó un credo filosófico que era su antagonista más caracterizado.

Bajo esos auspicios político-sociales, Echeverría fundó en Buenos Aires (1837) la Asociación de Mayo. En la noche del 23 de Junio se reunieron Juan B. Alberdi, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y veinte o treinta jóvenes más, a quienes Echeverría leyó los rumbos cardinales de la Asociación, que, ampliados, constituyen el famoso “Dogma Socialista” (2).

Este escrito refleja las ideas de política social que predicaba Leroux y que determinaron en Francia la crisis de 1848; esa genealogía es evidente. Echeverría, como sus maestros, se presenta como “un pensador que quería descubrir los secretos del progreso en acción; un filósofo que reunía las fórmulas más adaptables para implantarlo; un sociólogo que presentaba los medios para desenvolverlo”. La significación de Echeverría en la evolución

---

(1) ECHEVERRÍA: *Obras completas*, vol. IV.

(2) Sobre la historia de la Asociación escribió Echeverría en la “Ojeada retrospectiva”, que lo precede en las reediciones posteriores. Sobre el “Dogma” ha escrito Groussac una interesante crítica juvenil, en “La Biblioteca”, Buenos Aires, 1897.

del pensamiento sociológico argentino ha sido bien expresada por Raúl A. Orgaz: "poeta mediocre y literato discreto, fué, en cambio, un pensador notable y un polemista de fuste". Hombre de acción, predicaba con seguridad, con intrepidez y con asomos de ciencia. "Las ideas sociales de Echeverría fueron de una gran precisión y de un notable valor constructivo, sólo que a veces se mezclaban a simbolismos desorientadores, semejantes a los que oscurecieron la sencillez positiva de la labor comteana originaria". Entre sus intuiciones merece señalarse la consumada positividad con que plantaba los problemas nacionales. Su socialismo fué el de los hombres de bien; a base de puro anhelo de mejoría, de plenitud de vida, de armonía: fué un socialismo de leyenda, sin acritud y sin asperezas. "Creyó en el progreso y dió su fórmula al respecto, con penetración tan sabia que muchos sociólogos contemporáneos no han hecho más que renovar, ensanchar y consolidar el *criterium* definidor adoptado por Echeverría, que era el simple "bienestar social". Finalmente, precedió en su patria al grupo de pensadores que se han esforzado en hacer de la sociología una ciencia nacional, pues su propósito confesado era dar "los rudimentos de una doctrina social, científica y argentina" (1).

La única posición indirectamente filosófica determinada en el «Dogma» es la que se refiere a la cuestión religiosa; el capítulo IV contiene precisas máximas sobre el carácter laico del Estado y la absoluta libertad de conciencia y de cultos. La Asociación de Mayo era cristiana, sin ser católica: entendía el "Nuevo Cristianismo" como lo había enunciado Saint Simon: "debe ser, en principio, una vuelta al *verdadeiro* cristianismo, cuya esencia es la regla de fraternidad entre los hombres. Esta regla ha sido corrompida por el clero, que ha hecho de la primitiva religión divina, una religión humana, preocupada ante todo

(1) RAÚL A. ORGAZ: "El pensamiento argentino en la sociología" (Nota bibliográfica en la "Revista de Filosofía", Buenos Aires, Enero, 1915).

de los intereses humanos y materiales. Hay que volver ante todo a la ley primera, cuya fórmula moderna será ésta: "mejorar lo más prontamente y lo más completamente posible la existencia moral y física de la clase más numerosa". El Nuevo Cristianismo no será católico, porque el catolicismo ha demostrado para siempre que él es incapaz de desprenderse de las preocupaciones temporales y de desprenderse de su organización sólidamente material; no será protestante, porque el protestantismo ha dejado ver su culto prosaico y la insuficiencia de su dogma; él será una religión de amor y de caridad, una religión social". Esta concepción antitradicional y anticatólica del cristianismo -- renovada y continuada por Leroux -- explica las palabras del Cap. VIII del "Dogma" argentino: "La España nos imbuía en el dogma del respeto ciego a la tradición y la autoridad infalible de ciertas doctrinas; la filosofía moderna proclama el dogma de la independencia de la razón, y no reconoce otra autoridad que la que ella sanciona, ni otro criterio para decidir sobre principios y doctrinas que el consentimiento uniforme de la humanidad".

Y aunque solamente conviniera atenerse a las fuentes argentinas, será imposible olvidar que la "joven generación" de 1837 había recibido la educación laica y liberal de la época de Rivadavia, que la apartaba radicalmente de la restauración clerical que se efectuaba en la de Rozas. En Echeverría esa influencia no se había borrado, aunque no lo confesara llevado por su preocupación de no solidarizarse con el rivadavismo, ya que la "Asociación de Mayo" no había roto aún con la causa federal (1); bondadosamente le reprocha Gutiérrez ese pecado de omisión: "La influen-

(1).—En el banquete celebrado el día siguiente de fundarse definitivamente la «Asociación» (9 de Julio) *Echeverría* brindó «por que bajo los auspicios de la Federación, lleguen á realizarse las esperanzas de Julio y el gran pensamiento de la Revolución de Mayo». — *Obras*, Vol. V., XLII.

cia de Lafinur y Fernández de Agüero, en filosofía, y el liberalismo seglar bajo cuyas influencias se reformaron los planes de estudios, despertaban nuevas curiosidades intelectuales y preparaban para las letras el terreno en que con tanta fortuna sembró más tarde Echeverría la doctrina y el ejemplo. A la penetración de éste, si no nos equivocamos, escapan estas observaciones y desdeña demasiado en sus escritos el proceso ascendente que habían seguido las ideas en su país, formando una cadena progresiva de la cual nuestro distinguido pensador era un eslabón mejor forjado, si se quiere, y de mejores quilates, pero de igual materia, vaciado en el molde fatal del progreso de que nunca estuvimos desheredados los argentinos" (1). Los saintsimonianos argentinos eran, lo mismo que los franceses, una derivación de sus antecesores los ideologistas, como éstos de los enciclopedistas. Moreno, Rivadavia y Echeverría son tres eslabones de una misma serie ascendente, que más tarde culmina en Sarmiento y Alberdi.

Este punto peligroso aparece tratado en el "Dogma" con sumo tacto y prudencia. Los jóvenes de la «nueva generación» no osaban todavía pronunciarse contra la reacción rozasista y tenían el mayor empeño en no confundirse con los unitarios, acusados de «ateos» y «enemigos de la religión»; Echeverría salvó el obstáculo afirmando la necesidad de una «religión de la patria», en que el cristianismo y la humanidad entran por partes iguales e igualmente indeterminadas. Esta conjunción del cristianismo y el socialismo, floreciente ya en Saint Simon y en Leroux, salvó todas las dificultades que la ardua cuestión religiosa podría levantar entre las personas poco arriesgadas. Por olvidar las fuentes saintsimonianas del «Dogma» algunos escritores (2) han podido interpretar en otro sentido las afirmaciones cristianas conteni-

---

(1).— *Loc. cit.*, XXIV.

(2).— *José Manuel Estrada*: «La política liberal bajo la tiranía de Rozas».

das en ese documento, que en ésto, como en todo, no es posible apreciar sin conocer sus fuentes políticas y filosóficas europeas.

Entre los escritos de Echeverría, uno hay que define con precisión su pensamiento sociológico y el sentido «argentino» que es su anhelo imprimir a la política social: es la segunda lectura efectuada en el Salón literario, en 1837 (1), y que varios autores designan mercedadamente como su «Plan Económico». Lo es, en efecto; y no será superfluo repetir una cita que hicimos de él hace más de quince años (2): «Util e interesante sería indagar las transformaciones que ha sufrido el valor de la propiedad rural y el ganado desde fines del siglo pasado hasta hoy, calcular el número de haciendas que existía entonces en nuestros campos, el que la guerra civil y el que la seca han destruido sin fruto, el consumido productivamente en este período y el que hoy existe. Así podríamos averiguar si en punto a riqueza debemos algo a la revolución, o si en éste, como en muchos otros, hemos más bien retrocedido. Averiguar también la población de entonces y de ahora, el valor de las principales mercancías peninsulares que se consumían entonces y el que han tomado nuevamente las extranjeras desde la revolución. Calcular la riqueza, lo que se consumía en esa época, los objetos peninsulares de primera necesidad y lo que se consume hoy en los mismos, para ver hasta qué punto han aparecido nuevas necesidades en nuestra sociedad y se han extendido en ellas las comodidades. Si contamos hoy con más riqueza real que en aquellas fechas cuando circulaba mucho oro y plata y estaba a grandes las casas. Si el sistema prohibitivo colonial era más productivo de riqueza que el comercio libre. Estos datos y otros muchos podían engendrar con el tiempo una cien-

---

(1).— *Echeverría*: «Obras Completas. Vol. V.

(2).— En el estudio sobre «*La ciudad Indiana*», de Juan A. García, incluido en mi libro «*Sociología Argentina*» 2ª ed., editor Jorro, Madrid, 1913.

cia económica verdaderamente argentina; y estudiada nuestra industria la ilustraría con sus consejos y les enseñaría la ley de la reproducción.... Por más que hagan los economistas europeos, lo que ellos dan por principio universal y leyes universales en el desarrollo de la riqueza y de la industria, no son más que sistemas o teorías fundadas sobre hechos, es verdad, pero tomados de la vida industrial de las naciones europeas. Ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido transformaciones y revoluciones, donde el hombre ha ejercido la actividad de su fuerza, donde la industria ha ejercido prodigios, donde sobreabundan los capitales y los hombres, y donde existen en pleno desarrollo todos los elementos de la civilización. Verdad es que ellos han descubierto porción de verdades económicas que son de todos los tiempos y climas; pero si se exceptúan estas verdades, de poco pueden servirnos sus teorías para establecer algo adecuado a nuestro estado y condición social. Además, cada economista tiene su sistema, y entre sistemas contradictorios fácil es escoger en abstracto, pero no cuando se trata de aplicarlos en un país nuevo, en donde nada hay estable, todo es imprevisto e independiente de las circunstancias, de las localidades y de los sucesos, en donde es necesario obrar contra la corriente de las cosas para ajustarse a un principio cuya verdad no es absoluta. Hemos visto, sin embargo, en nuestras asambleas, como en política, disputar en economía cuando se trataba de fundar un impuesto, de arbitrar medios para el erario, de establecer bancos, etcétera, a nombre de tal o cual economista, echar mano de la economía europea para deducir la economía argentina, sin tener en consideración nuestra localidad, nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los elementos que constituyen nuestra vida social».

Este concepto claro de la necesidad de estudiar las bases económicas de nuestra constitución social permite asignar a Echeverría el puesto de iniciador de la sociología argentina, en una dirección que posteriormente fué

desenvuelta luminosamente por Albardi. Ese sentido «social» de la ciencia política es el propio y específico de toda la filosofía saintsimoniana, conservándose invariable desde su creador hasta sus últimos propagandistas, entroncándose más tarde con la «Internacional» y finalmente con la política socialista contemporánea. El sansimonismo argentino no se inspiró en las fuentes primitivas, lo que no es de sorprender; el enciclopedismo había llegado a través de los fisiócratas españoles y nó por los filósofos franceses; el sensacionismo por la Ideología de Cabanis y Destutt, nó por Condillac. Es probable que nadie, en Buenos Aires, hubiese leído a Saint Simón; los miembros de la «Asociación» juraban por Leroux, que en 1831 era ya portavoz del saintsimonismo (apartándose de la camarilla cuando prevalecieron los amigos de Enfantin) y fue luego definiendo su nueva doctrina socialista hasta fijarla en 1840 en su famoso «De l'Humanité».

Es de advertir, por fin, que la «Asociación de Mayo» no tuvo ninguna influencia en la política contemporánea, según lo reconoce Echeverría en el «Retrospecto», publicado en 1846 (1). Compuesta, en su casi totalidad, por jóvenes estudiantes que estaban cansados de los unitarios y no querían adherir a los federalistas, no pasó de una lírica afirmación de ideales sin el menor comienzo de actuación política. Tuvo, en cambio, la buena suerte, de contar en su seno á una docena de jóvenes que actuaron eficazmente después del 52 y que dieron el lustre de su gloria madura a la «Asociación» en que antes florecieran sus primeros ensueños.

---

(1). — *Echeverría*: Obras completas, Vol. IV.; el «Retrospecto» precede al «Dogma» y hace la historia de la «Asociación».



### III

#### INFLUENCIAS SAINTSIMONISTAS EN LA JUVENTUD DE SARMIENTO

El pensamiento de la "Asociación de Mayo" era, como se ha visto, radicalmente distinto de los planes subversivos que agitaban a los viejos revolucionarios de filiación unitaria; su programa era *social*, antes que político; querían modificar la sociedad argentina, mas no creían eficaz para ello un simple cambio de gobernantes. "La fuerza de las cosas invirtió el primitivo plan de la Asociación. La revolución material contra Rosas, estaba en pie, aliada a un poder extraño. Nuestro pensamiento fué llegar a ella después de una lenta predicación moral, que produjese la unión de las voluntades y las fuerzas por medio del vínculo de un Dogma socialista. Era preciso modificar el propósito, y marchar a la par de los sucesos supervinientes. Los señores Alberdi y Canó continuaron en la redacción de la *Revista del Plata* y del *Porvenir*, propagando algunas doctrinas sociales y considerando, de un punto de vista nuevo, todas las cuestiones de actualidad que surgían. Su labor no fué infecunda. Hemos visto hasta en documentos oficiales de aquella época, manifestaciones clásicas de que ganaban terreno las nuevas doctrinas" (1).

Sus afiliados se contrajeron a sembrar doctrinas, mas bien que a tramar revueltas militares. En varios puntos de la república se formaron núcleos de la Asociación misma, principalmente en Tucumán, Córdoba y San Juan (2). En esta última ciudad fué su principal propagandista el Sr. Manuel J. Quiroga Rosas, quién reunió en torno suyo a Sarmiento, Aberastain, Cortinez, Rodríguez, Villa-

(1) ECHEVERRÍA, «Ojeada retrospectiva».

(2) Datos al respecto en la citada «Ojeada retrospectiva».

fañe y otros. La correspondencia de Quiroga Rosas con Alberdi, incluida en las *Obras Postumas* de este último, revela claramente la filiación filosófica del grupo. «Si Vd. consiguiese, como lo creo, manejar este mundo, (porque, hombre, es preciso pensar en grande, para ser algo), y este su pobre amigo lograrse tener alguna influencia en aquél de que luego hablaré, los nombres de Pascal, de Saint Simón, de Leroux, no lo dude Vd., muy pronto vagarían con provecho por los labios americanos, y gobernarían nuestras inteligencias como hasta hoy lo han hecho los nombres de Moisés y de Jesús. Y no es que yo quiera encarnar en aquellos tres solos nombres la civilización verdaderamente moderna, como las civilizaciones hebraica y cristiana se han encarnado en estos dos últimos: pero yo hablo con libertad por que Vd. me entiende demasiado» (Vol. XV, pag. 358). Y no es difícil de comprender: Pascal, como autor de las «Cartas Provinciales», era un símbolo en ese momento, pues la reacción clerical de Rozas acababa de entregar a los jesuitas la enseñanza pública y la Universidad fundada por Rivadavia....

La nueva Biblia de esa generación era la *Revista Enciclopédica*, de Leroux, que Alberdi diseminaba a todos los vientos. «No necesito—le escribe Quiroga Rosas—decirle que me mande muchos ejemplares de la *Creencia* (1), papeles y todo lo que considere útil allí, sobre todo las *Revistas Enciclopédicas*, que ya son mías, gracias a la gran generosidad del Sr. Peralta. Le repito que no deje de mandarme las revistas, y de contestarme, con la primera ballenera, con la primera ocasión que haya, mire que me urge» (XV, 364).

Quiroga Rosas apostolizó fervorosamente a los nuevos adeptos de San Juan. Sarmiento regresaba de su primer viaje a Chile, con su instrucción desorientada y sin firmes direcciones; su ingreso a la Asociación implicó una

(1) Se trata, evidentemente, del «Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina», programa político adoptado por la juventud que constituyó la Asociación de Mayo.

renovación fundamental de su cultura. A ello alude en *Recuerdos de Provincia*:

«En 1838 fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fé y entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia. Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas” (1) Y agrega que, en 1839, formaron una sociedad literaria en San Juan, para leer los autores franceses de la época “y los de la *Revista Enciclopédica*, cuyos escritos solo nosotros poseíamos” (2).

Sarmiento compartió las doctrinas comunes. “En San Juan se ha hecho mucho, Vd. lo verá: allí hay buenos jóvenes del temperamento de los nuestros, hombres de *pasión* y de progreso. Han estudiado mucho a Leroux; y han escrito aquí que ellos no ven en la *Caracana Progresista* mas que su apóstol” (3). Tiempo más tarde, el mismo Sarmiento, escribía: “Las ideas proclamadas en 1837 son las mas radicales que se han publicado hasta hoy. Pedro Leroux y Lerminier eran el alfa y el omega de las palabras simbólicas” (4).

Cuando Sarmiento emigró a Chile, en 1840, su manera *social* de encarar los asuntos políticos argentinos coincidía plenamente con el criterio socialista que Alberdi procuraba imprimir a la Asociación, en abierto contraste con el unitarismo. Quiroga Rosas se instaló en Copiapó, continuando la prédica en ese mismo sentido: “Después de llegado aquí, a los pocos días, tuve la felicidad de haber conseguido conmover un poco la emigración argentina, tanto por lo que respecta a nuestras ideas, co-

(1) Sarmiento: «Recuerdos de Provincia», pág. 180.

(2) *Idem*, 10.

(3) Carta de «Quiroga Rosas a Alberdi» - XV, 369.

(4) SARMIENTO: «Las Ciento y Una», - Obras, XV, 267.

mo por lo que respecta a nuestra política de circunstancias. —Vamos por partes—El *Catecismo* (1) ha agradado sobremanera a estas gentes enfermas y deseosas de elevarse. Tenían la peor idea de la juventud de Buenos Aires, y su resignación a la desgracia llegaba a su colmo. Hoy es otra cosa. Don Mariano Fraguero, y otros, creyeron al principio que el *Catecismo* sería de Rivadavia; luego que les hablé circunstanciadamente de todo, vieron su desengaño, que mas se afirmó cuando vieron los trabajos continuos de la juventud durante la tiranía, y cuando conocieron las páginas de nuestro maestro Leroux.—Fraguero, dice que no quisiera ir a Francia, sino para ver a Leroux; que los negocios públicos de nuestra república, después de un cambio, debían dejarse libremente a la capacidad de la juventud. ¿Es esta una completa conquista, o nó? Ya se vé, no era difícil hacerlo en un espíritu tan despejado y en un corazón tan generoso, tan nuevo.

“La Caravana ha levantado una fuerte subscripción para reimprimir el *Catecismo* en Valparaiso, y ha creído oportuno aumentarle tres palabras simbólicas:—sobre el amor a la gloria, sobre la dirección que se debe dar a la prensa periódica y sobre lo que ella es en nuestro siglo; sobre los principios generales que deben dirigir y ser el fundamento de nuestra ciencia económica, para sacar de la miseria a nuestros pueblos y sus laboriosos individuos....

“Al mismo tiempo me ocupo de refundir la traducción que tenía hecha de los tres capitales artículos de Leroux, que debo publicar con notas y una introducción sobre lo que ha hecho Leroux en la Doctrina de la Perfectibilidad, desarrollando las ideas de Pascal, del siglo XVIII y de Saint Simón.—Vd. no puede tener una idea de la falta que me hacen los tres tomos de la Revista (Enciclopédica) que Vds. me tienen. Todos mis libros están diseminados, aquí, en San Juan, en Montevideo, y muchas veces me encuentro atado” (2).

(1) Se refiere a la creencia o declaración de principios de la Asociación.

(2) Carta de «Quiroga Rosas a Alberdi», - XV, 369 y sig.

Esas cartas de Quiroga Rosas tienen más valor documentario que los manifiestos y escritos lanzados a la publicidad por los miembros de la Asociación de Mayo; contraidos a moverse en un medio poco preparado para sus prédicas, forzoso érales encubrir sus ideas sociales con símbolos y circunlocuciones menos comprometedoras. Y a ello les forzaba la prensa rozista, con aquél formidable De Angelis a la cabeza, que no cesaba de llamarlos “utopistas”, “comunistas”, “falansterianos”, “anarquistas”, “sansimonistas”, etc., reservando graciosamente los epítetos de “locos”, “salvajes”, “ateos”, “inmundos”, etc., a los unitarios que soñaban con Rivadavia y conspiraban con Lavalle.

Y esas cartas confirman, a la vez, la suposición ya enunciada: mientras Echeverría fué el portavoz visible y literario de la Asociación de Mayo, el verdadero motor de su mecanismo era Alberdi, a quien corresponde lo mas neto de su aspecto social y de su pensamiento sansimoniano.

La “jóven generación”, en Chile, siguió escribiendo bajo las mismas influencias sansimonianas-socialistas que Alberdi y Echeverría cultivaban en Montevideo. Sarmiento no escapó a esta influencia, que es fácil percibir en sus escritos de esa época. Así, en 1842, defiende al romanticismo explicando su fondo “socialista” y concibiéndolo como una rehabilitación del mérito democrático contra el privilegio de casta (1). En 1843 escribe que tiene, como autoridad, la colección de la *Revista Enciclopédica* (2). En 1845, a los que le reprochan sus ideas sobre la influencia del ejecutivo, diciéndole que vaya a la escuela, contesta que “podían tambien mandar (a la escuela) a los republicanos que escribieron la *Revista Enciclopédica*, a Cormenin, a Arago, a Blanc, a Leroux, a todos los republicanos del mundo, etc.” (3). Cuarenta años mas tarde, (en 1881), refiriendo sus polémicas literarias en Chile, ha-

(1) SARMIENTO, «Obras, I, 311 y sig.

(2) Id, IV, 37.

(3) Id, IX, 156.

ce notar las ventajas que llevaban los jóvenes a sus adversarios, por el conocimiento de las doctrinas sociales e históricas florecientes en Francia; "reinaban aun en aquellas apartadas costas Raynal y Mably, sin que estuviera del todo desautorizado el Contrato Social. Los mas adelantados iban por Benjamin Constant. — Nosotros llevamos, yo al menos, en el bolsillo, a Lermnier, Pedro Leroux, Tocqueville, Guizot", (4). Adviértase que los dos últimos nombres corresponden, sin duda, a una época algo posterior.

Sus escritos periodísticos de Chile reflejan un interés constante por los problemas sociales, por las clases sus frentes, por la economía y el trabajo, "pues el espíritu del siglo tiende a abolir toda distinción de clases, toda jerarquía de nacimiento, toda valla opuesta al desenvolvimiento de la capacidad individual". Algunos artículos, como el sobre «Cajas de Ahorro» (1), podrían creerse transcritos de la prensa sansimoniana francesa de esa misma época.

A fines de 1845 Sarmiento emprende su viaje a Europa y Estados Unidos, con el objeto de estudiar detenidamente los problemas relacionados con la instrucción pública; ese viaje completó y renovó sus ideas, despertándole una pasión por los Estados Unidos que le acompañó hasta la muerte (2). Desde esa fecha sus grandes modelos dejan de ser europeos y franceses; empieza a ver todo con ojos yankis. La influencia sansimoniana de Leroux decrece; las preocupaciones sociales y económicas de la Asociación de Mayo se van borrando de su mente y de sus escritos. Sarmiento, después del 52, define otra orientación a su labor cultural: la educación pública. Toda su actividad de treinta años converge a esa nueva función, en cuyo desempeño conquistó la inmortalidad.

El movimiento político socialista que remata en Francia, en la Revolución del 48, merece todavía su atención,

---

(4) SARMIENTO, «Obras», I, 343.

(1) En «El Mercurio», 1842 - Obras, vol. X.

(2) Libro de Viajes, Obras. vol. V.

aunque sus vínculos militantes con la política chilena le impiden tomar partido abiertamente en favor de las consecuencias a que llega el movimiento de ideas sociales iniciado por Leroux y los escritores de la *Revista Enciclopédica*. Vé en la revolución de Febrero “uno de los acontecimientos mas extraordinarios que han conmovido al mundo,” y en su primer aniversario le dedica un sesudo artículo sosteniendo que ella complementa la revolución francesa. “Amemos, pues, la revolución francesa, por que es la proclamación de la justicia entre los pueblos, la igualdad entre los hombres, el derecho de la razón, la abolición del antiguo derramamiento de sangre, en nombre del interés de la sociedad, como había sido ya abolido en nombre de esta o la otra religión. Adoptémosla con toda sus verdades, dejando a sus grandes hombres, a los primeros pensadores del mundo que discutan pacíficamente las cuestiones sociales, la organización del trabajo, ideas sublimes y generosas, pero que no están sancionadas aún ni por la conciencia pública, ni por la práctica“ (1). Pocos meses mas tarde (Septiembre de 1849) comenta las últimas noticias de Europa, que anuncian el triunfo electoral de la izquierda socialista: “Suprimese la República y estalla el socialismo, como un mundo nuevo, que va a ocupar la democracia europea.

“El cristianismo—agrega—siguió entonces el camino que hoy lleva al socialismo. Ayer era el objeto del menosprecio y de la belfa, y hoy se presenta sentado insolentemente en las sillas curiales del gran Senado francés. ¿Quién lo destronará? Tanta es nuestra ignorancia sobre aquellas doctrinas sociales, que temiéramos entrar a explicarlas, temerosos de pasar plaza de locos o de visionarios” (2). Es curioso ver de que manera mezcla Sarmiento el curso de los sucesos cimentados en Francia por Leroux, con los acontecimientos menores de la política chilena.

---

(1) Idem, IX, 37.

(2) Idem, IX, 24 y 25.



La caída de Rozas puso término, en todos los jóvenes próscritos, a las preocupaciones del romanticismo social. Las necesidades apremiantes de la reorganización nacional requirieron el concurso de todas las grandes inteligencias, para la obra de treinta años. El 80 encontró a Sarmiento absorbido por la política y la educación, leyendo a Spencer, intentando seguirlo en su "Conflicto y armonías de las razas en América;" él mismo no habría sospechado que tomando el camino de la sociología se aproximaba de nuevo a los caminos que había recorrido en sus comienzos, sin encontrarlos ya (1). Spencer completaba el ciclo de Comte, que había sido discípulo de Saint Simon, lo mismo que Leroux. Y la raíz común de todos ellos era un gajo vigoroso de la Enciclopedia, Condorcet, cuyo ramaje en diversos sentidos, continuaba retoñando todavía después de un siglo.

#### IV

##### INFLUENCIAS DEL SAINTSIMONISMO EN LA JUVENTUD DE ALBERDI

Uno, entre todos, continuó por la senda señalada en el "Dogma", especializándose en los estudios de sociología económica y política social que debieron constituir el programa "realista" y "argentínista" de la Asociación de Mayo, a estar a lo expuesto por Echeverría en la segunda lectura o "Plan Económico". Las tendencias de filosofía social fueron luminosamente desarrolladas por el tucumano Juan Bautista Alberdi (1810-1884), que supo adaptarlas a la economía y a la sociología argentina, con pensamiento hondísimo y precisión muy superior a todos sus contemporáneos.

Ningún suceso extraordinario determinó su orientación intelectual. En 1825 ingresó al Colegio de Ciencias Morales, de Buenos Aires, recibiendo el influjo de la ense-

(1) En su última obra de aliento reaparece una cita: «Pierro Leroux, Encyclopedie Nouvelle», vol. XXXVII, pág. 211.

ñanza ideologista; tocóle cursar filosofía en el aula de Diego Alcorta, antes del año 30. En general, la enseñanza era abstracta y más encaminada al humanismo literario-filosófico que a las ciencias de la naturaleza. Se discutían los principios y se desdeñaban las realidades: en las ideas innovadoras fácil era advertir una tendencia a transformar en disquisición teórica todo lo que se pretendía cimentar en la ciencia: el vicio colonial obstruía subterráneamente la formación del pensamiento argentino.

Los profesores universitarios de la época rivadavista eran teóricos en filosofía, como era teórico Rivadavia en política; parecían olvidar que vivían en Buenos Aires y en la Argentina. «Al escribir el nombre del Colegio (de Ciencias Morales) en que me educó, me explico por primera vez, por qué yo y mis colegas somos nulos en *ciencias físicas y naturales*. La razón es clara; es porque solo se nos enseñó *ciencias morales*. Este hecho prueba dos cosas: una en favor, otra en contra de Rivadavia. Dando tal impulso a las ciencias morales, probó que él pensó hacer de su país un país libre. Los tiranos tiemblan de las ciencias morales. Pero al mismo tiempo probó Rivadavia, olvidando las ciencias físicas, que no conocía la verdadera exigencia de nuestros países, llamados a una vida industrial y positiva, a la que deben preparar por una educación compuesta de materias útiles, y de material y productiva aplicación». (1).

Estas reflexiones de Alberdi explican el carácter «realista» que dieron al pensamiento político los jóvenes de su generación; eso los indujo a acentuar la «argentinidad» de sus doctrinas, apartándose del primitivo grupo rivadavista, con el que llegaron a divorciarse abiertamente en Montevideo, durante la proscripción.

En el Colegio de Ciencias Morales contrajo Alberdi amistades útiles para su cultura. Conocía ya los escritos de Volney y tuvo ocasión de leer las obras princi-

---

(1) ALBERDI: «Impresiones de viajes».—En *Obras Póstumas*, Vol. XV, pág. 907.

pales de Juan Jacobo Rousseau, en compañía de Miguel Canó. Siguió más tarde estudios de Derecho, los que terminó en 1834 (1).

El ambiente cultural sufrió, por esos años, un hondo sacudimiento en Buenos Aires. A la influencia de los estudios universitarios, impregnados de condillaquismo, «se agregan los de un grande acontecimiento que trastornó las bases sociales del mundo europeo,—la revolución de 1830,—que sacó a los Borbones del trono de Francia, y puso en él a Luis Felipe de Orleans. Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias. No sé como se produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Mérimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelaria fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores—románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Saint-Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, Georges Sand, etc. Fué entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas. La «Revue de Paris», donde todo lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos.

«Por fortuna este movimiento, en el que aprendíamos a pensar a la moderna, y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas, cuadraba con el final del primer período gubernativo de Rozas (1832) y con la nueva gobernación del general Balcarce, que aunque emergente de Rozas hacía columbrar un respeto, más espontáneo y natural hacia el movimiento libre de las

---

(1) ALBERDI: Ver «*Memorias sobre mi vida y mis escritos*» en *Obras Póstumas*, Vol. XV, pág. 240 y sig.

ideas, siendo como una resurrección de los principios de nuestra sociabilidad culta de la primera y segunda década de nuestra revolución. He aquí como el despertamiento de la literatura francesa inoculó en nosotros, muchachos de 21 a 24 años, el mismo ardor por la renovación social y el reinado de las ideas nuevas» (1).

En 1834 se inauguró el Salón Literario, fundado por Don Marcos Sastre en su propia casa de librería (2); los jóvenes no resistieron a la tentación de mezclar la política a la literatura, consiguiendo atraer los recelos y las persecuciones del gobierno. En 1837 no se podía seguir con el Salón Literario y la «Joven generación argentina» pensó fundar una logia secreta, cuya idea política fundamental era apartarse de las facciones precedentes, no solidarizándose con el unitarismo rivadavista ni con el federalismo rosista. En el orden político y doctrinario seguían las direcciones sociales de Leroux, cuyo diario *Le Globe* era, ya en 1831, órgano oficial del partido sansimoniano.

Alberdi influyó eficazmente entre los iniciadores de la «Asociación de Mayo»; su participación conspicua en los trabajos preliminares y de propaganda está consignada en la «ojeada retrospectiva» con que Echeverría precedió la publicación del «Dogma Socialista», en 1848; en esta reedición figura la «décima palabra simbólica», redactada por Alberdi y que, en decir de Echeverría, «reassume toda la doctrina» («Abnegación de las simpatías que pueden ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución»).

En el mismo año publicó Alberdi su comentario «Fragmento preliminar al estudio del Derecho» (1), cuyo prefacio es un documento de incuestionable valor. En la orientación de este escrito deben distinguirse dos aspectos de mérito desigual: el jurídico y el filosófico.

---

(1) VICENTE F. LOPEZ: «Autobiografía», en «La Biblioteca», Buenos Aires, 1896.

(1) Ver ALBERDI, «Obras Póstumas», Vol. XV, 297, y LOPEZ, «Autobiografía», cit.

En el primero prevalece la influencia del acomodaticio Lermnier, que procuró difundir en Francia la doctrina histórica de Savigny, aunque bastardeándola con reflejos de su pasado sansimonismo y torciéndola para acomodarla a la creciente influencia del eclecticismo en la enseñanza oficial; nombrado profesor de legislaciones comparadas en el Colegio de Francia, en 1831, obtuvo éxitos oratorios y alcanzó gran prestigio entre la juventud liberal, hasta que se plegó al gobierno y cayó en tal descrédito moral que se vió precisado a suspender sus lecciones, en 1838. Esta introducción de la escuela histórica,—ya insinuada en escritos de Echeverría y continuada en 1872 por Vicente F. Lopez, en su cátedra de derecho romano,—marca una fecha en nuestra enseñanza jurídica (2).

En su aspecto filosófico el «Fragmento» muestra, confusamente entremezclados, los elementos de las cuatro doctrinas que en los últimos veinte años reñían en París y repercutían en Buenos Aires: el enciclopedismo, el sensacionismo de los ideologistas, el eclecticismo y el sansimonismo de Leroux. Justo es no ocultar que esas influencias aparecen caóticamente promiscuadas en el «Fragmento»; combate a los enciclopedistas y al sensacionismo con argumentos de los eclécticos y a éstos con razones de los sansimonianos, no obstante continuar los últimos la corriente de los enciclopedistas y sensacionistas.

Como todos sus coetáneos tenía Alberdi una razón política para apartarse de la filosofía ideologista: esta había florecido con el rivadavismo y la «jóven generacion argentina» deseaba desvincularse de esa tradición. De allí cierta complicidad con el eclecticismo, en cuanto éste combatía a los ideologistas, no obstante abrevarse el autor

---

(1) Obras completas, Vol. I.

(2) Véase: J. A. GARCIA, "Sumario analítico de un curso sobre Alberdi (An. de la Fac. de Derecho, 1911);" A. PESTALARDO: "Hist. de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales", 1914; SANTIAGO BAQUÉ: "Evolución del pensamiento de Alberdi, hasta las Bases" (An. de la Fac. de Derecho, 1914); etc.

en las fuentes sansimonianas de Leroux, que poco después, en 1839, publicó su famosa «Refutación del Eclesiasticismo». Y la simpatía por Leroux, a su vez, se fundaba en otra razón política: él, y sus amigos de la «*Revue Encyclopédique*», combatían la restauración orleanista de Luis Felipe en nombre de la democracia y de la libertad que la «jóven generación argentina» quería defender bajo el gobierno de Rozas, sin pronunciarse todavía públicamente contra él. Esta última circunstancia explica la justificación de ese gobierno en el «Fragmento»; la «jóven generación», en 1837, había roto ya sus vínculos con el fracasado rivadavismo unitario, sin osar todavía pronunciarse contra el floreciente federalismo rosista.

Alberdi era, fundamentalmente, un economista utilitario a la manera de Bentham y un socialista humanitario del estilo de Leroux; esas dos modalidades básicas de su mente se filtran a través del savignismo jurídico de Lermnier, que aparece como inspirador del «Fragmento».

Sus ideas políticas y democráticas coinciden, en general, con las del «Dogma» de Echeverría; motivos hay para admitir que, sobre este punto, fué Alberdi quien ejerció influencia sobre el pensamiento del otro.

En rigor, ese escrito juvenil de Alberdi escapa a toda clasificación filosófica dentro de los sistemas corrientes en su época. La única idea digna de subrayarse, porque la veremos reaparecer con insistencia en otros de sus escritos posteriores, es la del nacionalismo filosófico, que expresa, concretamente, así: «Es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a la nacionalidad». Veremos, más adelante, como la desenvuelve Alberdi.

En una página de sus *Obras Póstumas* encontramos la siguiente explicación de Alberdi, que poco ilustra sobre la verdadera dirección del «Fragmento»: «Lamas contestó con lugares comunes de política constitucional, que yo conocía como él, tres páginas de mi Prefacio al «Preliminar», que se abstuvo de refutar en el fondo, porque no habría podido hacerlo sin acreditarse de insensato. Yo había cubierto la emisión de las doctrinas más liberales y



revolucionarias, en política, filosofía y literatura, con algunas páginas de concesiones, que redacté con los sofismas de los doctrinarios franceses, a quienes tuve buen cuidado de desacreditar en las notas del mismo "Preliminar", que compuse de materiales tomados a las "cartas dirigidas a un berlinés" de Lerminier. Más tarde, Lamas adoptó cuantas ideas inicié en el "Preliminar", y finalmente, en una conversación tenida en presencia de mi amigo Gutierrez, le vi profesar hasta los sofismas de mi prefacio". (1)

Lo único que puede inferirse, son las corrientes filosóficas que coexistían en la mente de la juventud estudiantil de Buenos Aires. Alberdi las enuncia en otro escrito. "Yo había estudiado filosofía en la Universidad, por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau": toda la enciclopedia y el ideologismo. "A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo" y "por Echeverría, que se había educado en Francia, durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica".

"Echeverría y Gutierrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercía en este orden sobre mis cultos amigos. Yo les hice admirar, en parte, las doctrinas de la *Revista Enciclopédica*, en lo que más tarde llamaron el *Dogma Socialista*"; aquí está la fuente del segundo sansimonismo, con Le-roux, Chevalier, etc. (2)

(1) "*Acontecimientos del Plata, en 1839 y 1840*" Volúmen XV, pag. 495.

(2) Autobiografía citada, pág. 294 y 295.



Esas lecturas, con otras pocas, son las mismas que menciona Alberdi como las favoritas de su primera edad (1); son grupos sucesivos perfectamente caracterizados, a pesar de que él los cita en desorientador entrevero.

En Noviembre de 1838, Alberdi salió de Buenos Aires para Montevideo, iniciando su campaña contra Rozas y continuando en la proscripción los estudios de filosofía social en que tanto se había distinguido ya.

Las tendencias saintsimonianas de los hombres de la "Asociación de Mayo", en esa época, eran más precisas. Ni las ocultaban ellos, ni las ignoraban sus enemigos. Cuando emigraron, en 1839, la prensa rosista los trataba de "Saintsimonianos" sin que ellos se opusieran a esa clasificación. El corresponsal montevideano de la Gaceta de Buenos Aires, delata a los proscriptos: "Hay también aquí un club que se titula de Románticos y Saintsimonianos, Alberdi es el presidente..."; Alberdi le contesta en "El Nacional" que no forman parte de ningún club así titulado y agrega: "Nos ha calificado de sansimonianos y románticos, y por tanto, utopistas, paralogistas, visionarios, locos en una palabra, según la inteligencia vulgar del sansimonismo y romanticismo". Y replica, con violencia, que si trabajar por la libertad y el bienestar de la nación, "si los principios que hemos propagado hasta aquí... son para vosotros sansimonismo y locura, dejadnos ser sansimonianos y locos, ... con todos los campeones de la Revolución americana, de cuyos grandiosos designios no son los nuestros hoy más que una reproducción humilde y sincera" (*Alberdi, Obras Póstumas*, vol. XIII, pág. 226 a 235). Florencio Varela escribió, en Montevideo, muchos artículos de política económica desarrollando ideas semejantes a las de Alberdi, inspirándose, también él, en las de Leroux; Juan M. Gutiérrez y Vicente F. López, han testimoniado su adhesión a esa corriente de ideas, en la misma época.

Las violentas diatribas de que les hiciera objeto la prensa de Rozas, repitiendo las imputaciones de "comunis-

(1) Pág. 308 y 309.

tas" y "utopistas" con que los conservadores europeos agredían a los partidarios de Leroux, indujeron muchas veces a los fundadores de la Asociación a negar toda solidaridad con los saintsimonistas franceses, llevados por el deseo de no merecer esos epítetos y de no compartir los de "locos" y "logistas" con que se favorecía a los unitarios rivadavistas. Pero estas reticencias acomodaticias, requeridas por la conveniencia de la polémica, no disminuyen un ápice al origen realmente saintsimoniano del "Dogma" y sólo podrían inducir en error a quien olvide todos los antecedentes enunciados.

Es indispensable recordar, por otra parte, que los proscriptos en Montevideo estaban divididos. Los "viejos" eran unitarios que habían actuado en tiempo de Rivadavia y perseguían una simple restauración de sus régimen, contando para ello, en primer término, con proyectos revolucionarios que giraban en torno de Lavalle; si alguna orientación filosófica flotaba sobre ellos, aunque no se advertía, era una mezcla de enciclopedismo y de ideología condillaquiana. Los "jóvenes", en cambio, no obstante coincidir con ellos en la actitud antirosista, ponían particular empeño en subrayar su propósito de no confundirse con los rivadavistas envejecidos, a los que consideraban como "teóricos fracasados"; ese afán de diferenciarse habría bastado para apartarlos de la filosofía ideologista.

Su posición política determinó su actitud filosófica: los opuso a la teología católica hispano-colonial, que era patrimonio legítimo de la restauración rosista, y al sensacionismo ideologista que había florecido en tiempos de los "teóricos fracasados". El eclecticismo les era cómodo para apartarse teóricamente de ambos; y para su labor práctica de reconstrucción política, les resultó excelente la filosofía "social" que iba transformado el sansimonismo en socialismo humanitarista, desde la muerte de Saint Simon hasta el auge de Leroux.

Prueba de ello encontramos en los escritos de Alberdi. Hasta 1840 se ocupa de filosofía, costeando el

eclecticismo introducido por Echeverría; después, hasta el 52, se ocupa de política y economía, más influido por el sansimonismo, hasta culminar en las "Bases"; todo el resto de su vida continúa ahondando sus estudios económicos, circunscritos especialmente a la evolución sociológica argentina.

V

EL PROGRAMA

DE FILOSOFIA SOCIAL DE ALBERDI

En las «*Obras Póstumas*» de Alberdi se encuentran algunos escritos sobre filosofía que hasta hoy no han sido mencionados por sus comentaristas.

El primero de ellos es una crítica de la enseñanza ideologista. En 1838 asiste Alberdi, en Montevideo, á los exámenes de filosofía y encuentra que las doctrinas enseñadas no son útiles para la vida social; en el artículo de «*El Nacional*» no discute su verdad, contempla su ineficacia práctica para el futuro ciudadano. La patria—dice—ya está hecha, la hemos conseguido y «no exige ni sangre ni matanza. Otras batallas, otro heroísmo, se nos pide: los jóvenes están destinados a ser los apóstoles de la verdadera religión republicana, de la verdadera felicidad nacional, que nosotros, pobres soldados de la libertad, no hemos podido conseguir». Se diría que estamos leyendo a Pierre Leroux, que por ese tiempo predicaba contra la restauración de Luis Felipe en términos idénticos. «No pretendemos quitar á los catedráticos el justo honor de haber preparado a sus discípulos, para sufrir con éxito los exámenes públicos; pero deseáramos que el de filosofía, se hubiera penetrado, antes de poner en manos de los jóvenes estudiantes el curso del señor Tracy, de la misión que la Filosofía tiene en nuestro siglo, de las necesidades de la época, y sobre todo de lo que es necesario a la juventud de la República. Hijos de una revolución, hija ella a su vez del espíritu revolucionario del

siglo XVIII, las doctrinas e ideas de aquella época están en nosotros, sin necesidad de que vengan á ser la base de nuestra educación intelectual; la filosofía del señor Tracy, como la de Helvecio, Locke, Condillac, etc., ha producido ya cuanto se le podía exigir—advírtase el concepto práctico de la filosofía como instrumento político—«sujeta a las necesidades de una época furiosamente revolucionaria, está llena de ideas y principios que pueden servir para batir y destruir lo que otras épocas habían establecido. Pero no es esa la ciencia que los hijos de una república naciente, y del espíritu sintético del siglo XIX deben profesar como norma infalible de sus pensamientos futuros; es ya una filosofía excéntrica, contraria a las exigencias de la época y que no prepara los resultados que tenemos derecho a esperar de los trabajos de la juventud. Una filosofía que derrame en el corazón el amor por la construcción, que acerque y fraternice a los hombres todos, que no excluya, por preocupación o espíritu de sistema, los elementos que bien empleados podrían ser buenos, debería a nuestro juicio, ser preferida a la profesada por Mr. Tracy». (1)

Alberdi se despreocupa por completo del contenido propiamente filosófico del ideologismo que critica; él no discute si el sensacionismo es verdadero o falso. Su punto de vista es otro: buscar una filosofía que sugiera ideales útiles a la nueva generación y a la sociedad entera. Este criterio—análogo por algún aspecto a ciertas manifestaciones del pragmatismo contemporáneo—es el mismo que inspiró a todos los sansimonianos y particularmente a Leroux, en «Le Globe». Alberdi, como ellos, busca una filosofía social «que acerque y fraternice a los hombres todos».

El profesor de filosofía, D. Salvador Ruano, defendió como pudo su orientación educacional y pidió a Alberdi que concretara en estilo preciso los fundamentos de su crítica. La réplica no se hizo esperar en las columnas

---

(1).—Alberdi: «Obras póstumas», Vol. XIII, pág. 115.

de «El Nacional» y contiene algunos párrafos dignos de ser transcritos. Insiste repetidamente en la inoportunidad e inutilidad de estudiar el origen de las ideas, afirmando que es «indispensable a la filosofía abandonar para otra oportunidad el estudio psicológico, el estudio íntimo del hombre», siendo otros los problemas que deben preocupar a los filósofos: los que se refieren a la sociedad.

«La «ideología», es decir, la ciencia de las ideas, no es la «filosofía», es decir, la ciencia de la verdad general, de la razón de ser de todas las cosas, de la vida fenomenal y colectiva de la naturaleza, tanto humana y moral, como natural y física.

«La filosofía del siglo XIX no es la filosofía del siglo XVIII, porque cada siglo teniendo su misión peculiar, es decir, sus ideas, sus cuestiones, sus intereses, sus tareas, sus fines exclusivos y propios, quiere tener y tiene también su filosofía peculiar. Porque aún cuando la filosofía es una en todos los tiempos y países, pues que la verdad es una en todos los instantes y en todos los lugares, hay, sin embargo, momentos y lugares en que la filosofía se ocupa exclusivamente de la indagación de ciertas verdades, que son las que importan a ese momento y a ese lugar, por medio de cierto método, de cierto proceder, que es el que conviene a la verdad en investigación; y de aquí es que la filosofía se divide en distintas épocas, en distintos ramos, que la costumbre ha hecho que se llamen filosofías diversas; es así como se llaman filosofía griega, filosofía francesa, a los distintos ramos, a los distintos momentos de una misma e idéntica filosofía».

No es posible enunciar más explícitamente la función social del pensamiento filosófico y la doctrina de la relatividad de las verdades a la época y al medio en que deben ser usadas.

«La filosofía moral y especulativa de nuestros días, y de nuestro país sobre todo, quiere ser adecuada a las necesidades de nuestra época. Estas necesidades, primero que en indagar si las ideas son sensaciones, o si la memoria y la reminiscencia son dos facultades distintas, con-

sisten en averiguar cual será la forma y la base de la asociación que sea menester organizar en Sud América, en lugar de la sociedad que la revolución de Mayo, hija de la filosofía analítica del siglo XVIII, ha echado por tierra. Para ello, importa indagar primero cuales son los derechos, las obligaciones, las facultades, los medios, los instintos, los fines sociales y morales y sociales del hombre hacia el hombre y hacia el pueblo; del pueblo hacia el pueblo y hacia la humanidad». Facilmente se advierte la preeminencia del interés político y social, sobre el propiamente filosófico; por más que menciona «la ciencia filosófica de Cousin, de Leroux, de los filósofos escoceses que han sucedido a Stevvart», bien se vé que su mente está polarizada en el sentido del segundo, cuya prédica era el mejor instrumento para una política de oposición al pasado inmediato (Bonaparte y Rivadavia) y al presente (Luis Felipe y Rozas).

«Esto es, pues, lo que nos ha parecido desconocer el señor profesor de filosofía que se ha puesto a enseñar la ciencia de las ideas, a una juventud que debe servir a una época y a un país, que antes de organizarse quiere poseer la teoría de sus derechos innatos del hombre y del ciudadano, de los derechos públicos, de los destinos sociales del hombre y de la asociación, de los fenómenos económicos de su vida material, y de los elementos todos que constituyen la vida parcial y colectiva del hombre y del estado. Tal es el campo de la filosofía actual en nuestro país y en todo el mundo moderno. Y es menester, nos parece, empeñarse en cerrar los ojos para no conocer que nunca el instante ha sido más oportuno y más precioso para librarse con decisión á estas indagaciones, que el instante actual, en que todo hace esperar la aproximación de una época en que todas estas ideas van a ser ventiladas y aplicadas». Y terminá invitando al profesor a que «abriendo sus ojos, vea lo que viene; lo que se prepara para el mundo y para nosotros» (1).

---

(1).—Alberdi, «Obras Póstumas». Vol. XIII, pág. 117 y sig.



¿Qué se preparaba, en el pensamiento del autor? Es sencillito: en Europa el 48, en la Argentina el 52.

La polémica no terminó allí. Pocos días después escribe Alberdi su artículo «Filosofía» (2), no menos ilustrativo.

«Cuando se dice que un sistema de filosofía es preferible a otro sistema, para la educación de la juventud, para la cultura general de los espíritus, no se comete esta preferencia en virtud de una razón de gusto, de capricho», como cuando se prefiere una escuela artística a otra, cuya preferencia no produce a la sociedad un mal real y positivo. «No sucede lo mismo con los sistemas de filosofía. La filosofía, lo hemos dicho, es la ciencia que investiga la razón de ser del hombre y de las cosas, y según que esta ciencia ha ofrecido como razón de ser del hombre y de las cosas, tal ó cual razón, el hombre y las cosas son entendidos de tal y cual modo, y por lo tanto la regla de sus actos, el sistema de su conducta, es prescripto de tal ó cual modo, hácia tal ó cual fin». Y agrega más adelante: «La moral, pues, las leyes, y por tanto el gobierno, los derechos, las garantías, los poderes, los intereses de los ciudadanos, reciben tal o cual destino de este ó aquel sistema de filosofía.»

«La filosofía está ligada a todo lo que hay de más positivo, de más real, de más indispensable en la vida; a las artes, a las leyes, a la política, a la economía, a la industria. Ella es la suprema ley, la sagrada antorcha que enseña al hombre cómo debe proceder, como debe adquirir, cómo debe gozar, cómo debe ser dichoso.

«La filosofía tiene su imperio, los destinos de las naciones. En este concepto los gobiernos, que velan por los progresos y los adelantos de los pueblos, no deben ser jamás indiferentes a la ciencia que, señalando sus destinos a los hombres y a los pueblos, e impeliéndolos con el poder de su autoridad irresistible, constituye la porción más considerable del poder público. La filosofía, digámoslo así, constituye un quinto poder constitucional.»

(2).—Alberdi, «Obras Póstumas». Vol. XIII, pág. 124 y sig.



Después de refutar a los ideologistas con argumentos especiosos difundidos por los eclécticos, afirma la necesidad de separarse del método analítico y de «familiarizarse con el método de composición, de organización, con el método sintético, como lo ha observado profundamente Mr. Leroux, y antes que él su ilustre maestro» (Saint Simon).

Un largo párrafo final sintetiza su pensamiento contra el sensacionismo y contra el eclecticismo, en favor la filosofía político-social de Leroux. «Nosotros no ignoramos lo que la ciencia debe a los dos grandes hombres que en los siglos XVI y XVII organizaron los métodos de observación y de inducción (se refiere a Bacon y Descartes); sabemos también de cuanto la filosofía es deudora a sus gloriosos sucesores Locke, Condillac, Cabanis y los actuales campeones del sensacionismo. No pretendemos porque sería mucho absurdo, que la filosofía actual excluya enteramente sus prodigiosas descubiertas, sus métodos, sus clasificaciones, sus resultados, sino que únicamente no de lugar a su absoluto y exclusivo predominio. Tampoco nos inclinamos al *eclecticismo* absurdo que de todos los sistemas conocidos ha pretendido hacer un sistema decisivo, sistema efímero que en el día de hoy está perfectamente desacreditado. Queremos nosotros una filosofía, que, aceptando las doctrinas indestructibles, los antecedentes fundamentales de los sistemas pasados, aspire a poner ella un elemento suyo, una condición nueva y adecuada a su misión peculiar, filosofía, en una palabra, penetrada de las necesidades sociales, morales e inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva, popular, americana, calorosa como nuestro genio, brillante como nuestro cielo, profética, inspirada, rica de esperanzas alentadoras, fértil de aspiraciones sublimes, como la de Condorcet, como la de Leroux, como la de la perfectibilidad indefinida, del progreso continuo del género humano, filosofía que haga salir a los jóvenes de entre sus brazos, incendiados de amor por la patria y la humanidad, generosos, guapos, fáciles al sacrificio, razonadores y no dis-

putadores, tolerantes, intrépidos para encararse sin insolencia a la más encumbrada autoridad, al hombre más imponente y exigirle los títulos de su soberanía».

En otro artículo «Al profesor de filosofía» (1) pone punto final a la disputa, sosteniendo que su adversario «es muy ignorante en la materia que pretende profesar», pues «ignora absolutamente el rol social y político de la filosofía: sus intimidades con la política, la legislación, la economía, el arte, y todos los elementos de la asociación: la separa de todo esto de que no puede separarse, y la estudia aislada, como la botánica. La filosofía, señor, considerada de este modo, es la impertinencia misma. La filosofía es para la política, para la moral, para la industria, para la historia, y si no es para todo ésto es una ciencia pueril y fastidiosa. Ya pasaron los tiempos de la filosofía en sí, como del arte en sí. Ninguna rama del saber humano tiene hoy su fin en sí, sino en perfección solidaria de todos, en el desarrollo de la gran *synthesis social*».

La dedicación de Alberdi a los estudios filosóficos, revelada en el «Prefacio» de su «Fragmento preliminar», confirmada en su autobiografía e ilustrada en esas polémicas reveladoras de excelente información, se continuó durante su estancia en Montevideo. Un escrito suyo, que nunca hemos visto citado, tiene un valor especialísimo desde nuestro punto de vista particular: «Ideas — para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea.—En el Colegio de Humanidades. — Montevideo, 1842.» (2).

La inspiración esencial de este programa corresponde a Jouffroy, que ya se había apartado del eclecticismo de Mr. Cousin para reflexionar por cuenta propia sobre la psicología escocesa de Reid y Stewart. Conviene advertir que Alberdi no lo escoge por creerlo más exacto que otros, sino porque está más a la moda después de 1830; acaso pueda agregarse a ello la circunstancia de ser disidente

---

(1).—Id., pág. 130 y sig.

(2).—En «Obras Póstumas», Vol. XV. pág. 693 y sig.

del eclecticismo—oficializado en Francia por la política de Felipe,—y por colaborar en «Le Globe», organo oficial del sansimonismo, y más tarde en la «Revue Encyclopédique», lindando así con el socialismo de Leroux.

Después de enumerar los problemas metafísicos y de advertir que no han sido resueltos en más de tres mil años, acepta que «la filosofía, como ha dicho el filósofo *más contemporáneo*, Mr. Jouffroy, está por nacer».

La idea cardinal de Alberdi consiste en buscar en la filosofía un instrumento útil para la educación y la cultura de las nuevas generaciones: idea política, antes que filosófica. No se interesa por la verdad de las doctrinas a enseñar, sino por la utilidad práctica que de ellas pueda conseguirse.

No se pregunta, como haría un filósofo, ¿cuál sistema ó doctrina es más verdadero?, sino ¿cuál es más conveniente para desarrollarlo en mi país y en esta época?, como haría un político. Su concepto de la filosofía, *latu sensu*, es la antítesis del estricto que preocupa á los filósofos. Alberdi busca simplemente una leyadura para amasar el futuro pensamiento americano. «La filosofía de cada época y de cada país ha sido por lo común la razón, el principio ó el sentimiento más dominante y más general que ha gobernado los actos de su vida y de su conducta. Y esa razón ha emanado de las necesidades más superiores de cada período y de cada país. Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana una filosofía inglesa, una filosofía francesa y como *es necesario que exista una filosofía americana.*»

Considera que en el siglo XIX hay filósofos, pero no hay una filosofía: llevado por sus aficiones, y por la moda, no vacila en nombrar a Leroux y Jouffroy a la par de Kant y Hegel.

En el fondo Alberdi cree inútil el tener opiniones propiamente filosóficas; recordando, sin duda, que los rivadavistas fueron unos teóricos fracasados, combate su ideologismo y evita incurrir en cualquiera otra teoría abstrac-

ta, «sin excluir el eclecticismo mismo, porque de lo contrario sería reconocer una filosofía». Entiende que «la regla de nuestro siglo es no hacerse matar por filosofía alguna: en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo».

Su preocupación pragmática no le abandona: «En el deber de ser incompletos, *a fin de ser útiles*, nosotros nos ocuparemos solo de la filosofía del siglo XIX; y de esta filosofía misma excluirémos todo aquello que sea menos contemporáneo y menos aplicable a las necesidades sociales de nuestros países, cuyos medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía».

Esa filosofía del siglo XIX era posible conocerla á través de la francesa, en cuanto estaban reflejadas en ella la alemana y la escocesa. Cuatro escuelas o sistemas le parecen dignos de estudio: el sensacionismo (Enciclopedia e ideologismo), la escuela mística (Bossuet y Lamennais), el eclecticismo (Royer Collard y Cousin) y «la escuela que podríamos denominar de Julio, que ha sido representada por Leroux, Carnot, Lerminier, etc., será también estudiada en su propagador más eminente». Sabido es que en 1842 circulaba ya con profusión el libro de Leroux, «De l'Humanité».

El exámen de esas escuelas permitirá escoger el punto de partida ó la semilla de una filosofía americana. «Una revista rápida de estos sistemas nos pondrá en estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sud. Trataremos de señalar las grandes exigencias de la sociedad americana; nos ocuparemos del problema de los destinos de este continente en el drama general de la civilización, principiando por tocar el problema de los destinos humanos, que es la más alta fórmula de la filosofía, no siendo las demás ciencias humanas sino los términos sueltos de este problema».

Después de enumerar las ramas de la filosofía, vuelve a su tema: «Aplicaremos a la solución de las grandes cuestiones que interesan a la vida y destinos actuales de

los pueblos americanos, la filosofía que habremos declarado predilecta. Si en esta aplicación somos incompletos, como es de necesidad que seamos, nos habrá servido ella, a lo menos, para darnos la habitud de encaminar nuestros estudios hacia nuestras necesidades especiales y positivas.»

Llegado a este punto Alberdi entra a desenvolver su teoría política y nacionalista, en que parecen trasplantadas a la filosofía algunas ideas esenciales de Montesquieu y Savigny, que Alberdi conocía. Podríamos definirla como un: *sistema de orientaciones morales convenientes para la prosperidad de la nación.*

Esa orientación lo lleva «a un examen crítico de los publicistas y filósofos sociales europeos, tales como Bentham, Rousseau, Guizot, Constant, Montesquieu y otros muchos. Será la oportunidad de explicar y refutar a Donoso Cortés, (católico reaccionario), que por su elocuencia promete en sus ideas un ascendiente entre nosotros, siendo inaplicables en estos países de democracia, aunque adaptables a las exigencias monárquicas de la España» (caída en plena reacción). Las discusiones del curso no serán en el sentido de la filosofía en sí o especulativa, sino de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países, pues la filosofía, va haciéndose estadista, positiva, financiera, histórica, industrial; en el curso «tocaremos de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica del pueblo.* El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y de movimiento, de pensamiento y progreso trataremos de estudiar» de acuerdo «con las necesidades más urgentes del progreso de estos países». Al enumerar esas necesidades que debe estudiar la filosofía, coloca los problemas económicos y financieros en primer término, junto a la política, la moral, la literatura, la religión, el derecho y la historia; entre otros aspectos, se propone desentrañar «la filosofía de nuestra industria y riqueza» y «en fin, de todas aquellas cosas que son nuestras, porque precisamente lo que forma el carácter y el interés de la enseñanza que ofrecemos es que ella se aplica a investi-

gar la razón de conducta y de progreso de estas cosas entre nosotros.»

Entendía Alberdi que la función de América era hacer y no fantasear; demasiado habían fantaseado ya los filósofos que habían perdido el contacto con la humanidad. «El rol de América en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación. La abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América. Y los Estados Unidos han hecho ver que no es verdad que sea indispensable la anterioridad de un desenvolvimiento filosófico, para conseguir un desenvolvimiento político y social. Ellos han hecho un orden social nuevo y no lo han debido a la metafísica. No hay pueblo menos metafísico en el mundo que los Estados Unidos y que mas materiales de especulación sugiera a los pueblos filosóficos con sus admirables adelantos prácticos».

Según ese modelo desearía formular los ideales de acción y de progreso que constituyen una filosofía propia de estos países del Plata. «Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad; una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento; será Americana la que resuelva el problema de los destinos americanos». La filosofía, una como la humanidad en sus elementos fundamentales, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales.

Acepta que la filosofía es igual en todas partes en cuanto á sus fines y sus métodos; pero asume caracteres especiales según el tiempo y lugar, por los problemas que importan especialmente á una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones: «Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales; o bien, la razón general de nuestra civilización; o bien, la explicación de las leyes por las cuales deba ejecutarse el desenvolvimiento de nuestra nación; las leyes por las cuales debemos llegar a nuestro fin, es decir a nuestra civilización. Civilizarnos,



mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios: he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: Progreso.....»

Según esto, Alberdi se propone enseñar a la juventud los principios fundamentales de América, que ya están planteados; no son otros que los propagados por la revolución, los de la democracia republicana. Pero la trilogía del 89, en este programa de Alberdi, aparece con su tercer término modificado según la fórmula de los sansimonianos: «libertad, igualdad, *asociación*.» Entiende que todos los hombres virtuosos y cultos deben dirigir sus esfuerzos en ese sentido; pero advierte que «no se puede llegar a esto sino por el medio indicado, es decir, averiguando donde está el país y donde vá; y examinando, para descubrirlo, donde va el mundo, y lo que puede el país en el destino de la humanidad.»

Con esas palabras concluye el programa de filosofía de Alberdi. Nunca, absolutamente, estuvo más clara en un hombre la conciencia de la nacionalidad futura; ese hombre, en ese momento histórico, frente a la restauración conservadora, encarnaba, él sólo, todas las aspiraciones que anunciaban el renacimiento de la argentinidad.

## VI

### TENDENCIAS ULTERIORES DE ESAS CORRIENTES SOCIOLÓGICAS

Fáciles de sintetizar son las influencias filosóficas que se anastomosan en el pensamiento inicial de Alberdi. Educado en el sensacionismo y la ideología, que prosperaban en tiempos de Rivadavia, se aparta de ellos por considerarlos teóricos e inútiles: cree inútil la filosofía de los filósofos. Ante el eclecticismo que le presenta Echeverría, no se impregna de él, pero lo acepta como un medio de combatir al ideologismo de la época rivadavista; y entre los eclécticos prefiere seguir a Jouffroy, que era un disidente de Cousin y tenía contactos políticos con el grupo sansimoniano.



Es sensible a la influencia de la escuela histórica del derecho, a través de Lerminier, que fluctuó también entre los ecléticos y los sansimonianos. Pero su más honda opinión, que decidió de toda su larga vida intelectual, fué creer que la filosofía debía ser un instrumento útil de orientación política y moral: a la filosofía de los filósofos oponía la de los reformadores sociales. Esta dirección la hubo de la escuela sansimoniana, cuyos cambios siguió a través de Pierre Leroux. Las influencias socialistas en la "Asociación de Mayo" son obra de Alberdi más que de Echeverría; mientras aquél prefería al estudio de problemas sociológicos, éste cultivaba el romanticismo literario; de 1835 a 1840, Echeverría era un apóstol político y Alberdi un reformador social.

Alberdi no tuvo ocasión ni tiempo de desenvolver su vasto programa de filosofía social americana. A mediados del 43 se fué a Europa, con Juan María Gutiérrez, para regresar a Chile en 1844. El viaje suprimió sus inseguras simpatías por el romanticismo, que en él eran simples complacencias con Echeverría y otros amigos. Volvió confirmado en lo que debía a los sansimonianos: el pensamiento de la política económica y de la perfección social.

En ese momento, cuando los proscritos en Chile se ocupaban de preparar la inminente restauración nacional, Alberdi entra a compartir con Sarmiento el primer puesto en la historia de la cultura argentina. Sobre el mismo yunque de la experiencia, alternativamente, descargaron el uno y el otro formidables golpes de mazo, forjando la nueva nacionalidad. Sarmiento debía presidirla en su caos, el 64; Alberdi triunfaría para siempre en su organización, el 80.

Con esos elementos, y la ya vasta y precisa observación personal del medio, compuso en Chile las *Bases*, obra que en lo político sintetizaba el pensamiento argentino de los proscritos, y en lo económico propiciaba el criterio de gobierno que solo se impuso después del 80: fomentar la producción nacional.

En la política económica veía Alberdi el porvenir y la grandeza del país, y el remedio contra la política anárquica y personal. Era en el fondo un benthamista, afiliado en economía política a la escuela liberal de Bastiat y Say, que no se avenían mal con sus inclinaciones sansimonianas.

Lo más importante de Alberdi—desde las *Bases* hasta sus *Obras Póstumas*—es la explicación económica de la historia argentina. Por este aspecto completa a Sarmiento, que estudió la influencia del medio y la raza. Los dos, juntos, contienen todos los elementos para una interpretación de la evolución sociológica argentina. Antes de 1870 conocía y citaba las doctrinas de Comte, Spencer, (Vol. VII), Darwin (Vol. I). En 1878 comentaba a Taine y Fustel de Coulanges (Vol. XI).

Alberdi, como economista y sociólogo, es realmente grande después de las *Bases*.

Su mayor preocupación fueron los estudios económicos y en ellos puso un sello de constante argentinidad; precursor, en cierto modo, del “economismo histórico”, fué en realidad un sociólogo militante, un verdadero pragmatista; en sus escritos aparece por vez primera en las letras argentinas la palabra “sociología”, y comprendió en todo su magnitud la significación de esta ciencia frente a la historia y la política. En una abundante serie de obras, que todo argentino culto debe conocer y amar, Alberdi escrudiñó con verdadera genialidad los orígenes y los cimientos económicos de la nacionalidad. En este sentido sus escritos son originalmente creadores, fruto exclusivo de su admirable aptitud para la observación del ambiente que estudiaba. No fué igualado hasta nuestros días y muchas de sus producciones conservan el mismo interés que en la época de su publicación. Ha hecho escuela.

Sus mejores escritos de esta última etapa están reunidos en las *Obras Póstumas*, mezclados por el editor con violentas diatribas contra la política triunfante hasta el 80; a pesar de su apasionada falta de ecuanimidad, cons-

tituyen una elocuente historia argentina contada por los vencidos. El 80 triunfaron definitivamente la política y las ideas cardinales defendidas por Alberdi: federalización de Buenos Aires, libre navegación de los ríos, fomento de la producción nacional, atracción inmigratoria europea, pacifismo internacional. Todo lo que Alberdi previó se ha cumplido; la posteridad le ha rendido el homenaje de admiración que tanto mereció su vida batalladora.

No en vano en sus horas de angustioso destierro, mientras asistía al triunfo de sus adversarios, escribió estas palabras proféticas que ponían las glorias del pensamiento y de la ciencia más altas que los éxitos de la política y del sable:

«Los pueblos son los árbitros de la gloria; ellos la dispensan, no los reyes. La gloria no se hace por decretos; la gloria oficial es ridícula. La gloria popular, es la gloria por esencia. Luego los pueblos, con solo el manejo de este talismán, tienen en su mano el gobierno de sus propios destinos».

«Los nobles héroes de la ciencia, en lugar de los bárbaros héroes del sable. Los que extienden, ayudan, realizan, dignifican la vida; no los que la suprimen so pretexto de servirla. Los que cubren de alegría, de abundancia, de felicidad a las naciones; no los que las incendian, destruyen, empobrecen, onlutan y sepultan» (1).

La posteridad ha correspondido generosamente a su confianza: el pueblo argentino le ha decretado una segura inmortalidad.

*José Ingenieros.*

---

(1) «El crimen de la guerra» Vol. II de las Obras póstumas, pág. 115.

## Apostasía

---

Llora, si en el amor, el sueño vano  
de la pureza, tu pasión encierra . . .  
No podrás desatarte de la Tierra,  
ni negarás tu condición de humano.

—  
¡Clama contra el Destino! Soberano  
que te viste de arcilla y te destierra  
al mundo de las cosas y te aferra  
y te encadena a su vivir profano.

—  
¡Clama contra el Destino que te obliga  
a pecar, aunque ampare tu pecado!  
¡Clama contra la carne! ¡La enemiga!

Carne, que en el amor puro y sagrado  
te hermanas con el alma y te recreas,  
tú, fuente de placer. . . ¡Maldita seas!

*Jorge M. Piacentini.*

## A un amigo

---

Conozco el extraño despertar de que me escribes, el ansia escrutadora de lo inefable y el deseo insaciado de lo eterno. Como tú vi amortiguarse, una mañana, los resplandores que divinizan las cosas de la tierra y sentí la angustia de un llanto sin lágrimas al reparar en las horas malgastadas en la ingenua adoración de lo creado. No temas, pues, que el enternecimiento que a los demás tan celosamente ocultas, provoque mis sonrisas; el hombre que anhelando encontrar la meta de su destino, la busca con sinceridad y al no encontrarla gime, merece ser respetado en su amargura.

Dices que has leído y pensado con una especie de fiebre enloquecedora, hallando al cabo de amargas vigili-  
as y dolorosos desvelos más negras y más impenetrables las tinieblas que te rodean ¿y acudes a mí?. Presumes que he logrado emanciparme de toda inquietud perturbadora, porque has notado en mi semblante, no sabes si paz, indiferencia o desdén; algo revelador de una calma no turbada. Quiero dejarte en la creencia de que poseo, por suerte mía, un filtro maravilloso. ¿Acaso te haría más feliz rechazando lo que tan generosamente me concedes?. Mas como te veo ansioso de la tranquilidad que da la indispensable medida a los actos de la vida, empezaré por indicarte lo que, a mi juicio, de ella está por apartarte. No es la razón una diosecilla encanijada y estéril como tú la apodas, sino un admirable instrumento muy dúctil muy flexible que si, muchas veces, no satisface nuestros deseos, es porque le exigimos más de lo que en su poder está, desconociendo su uso acertado y natural alcance. Vano, irremediabilmente vano es el anhelo de penetrar en lo recóndito de las cosas. Todo lo que nos rodea es de una fugacidad vertiginosa. ¿Quién hay que con esperan-

za de ser obedecido se atreva a pedir al torbellino de lo visible que se detenga? La razón humana, espejo aunque no inerte, del mundo reflejará necesariamente el perenne movimiento: lo estable y substancial podrá ser percibido en forma limitada, mas la comprensión absoluta de lo existente, solo es concebible en una mente divina; y el hombre está muy lejos de perfección tan alta.

Pero ¿será, por ventura, necesario el conocimiento comprensivo del universo para determinar la norma de la conducta humana? ¿Acaso es menester que la naturaleza llene de luz sus abismos para sentir su existencia? ¿Es menos real la flor para la ignorante doncella que se regala con su perfume que para el naturalista que la desmenuza, hasta conocer su estructura? ¿No puedes concebir que tu mente sea juguete de un quimerista sin entrañas? Yo tampoco. Si sospechas que debajo de lo deleznable y caduco hay algo que perdura, si piensas que es absurda una infinita contingencia, si faltándole la certeza de lo absoluto y necesario, no sabrías dónde colocar el norte de tu vida ¿que esperas para decidirte? Esa misma razón, por ti monospreciada, sin guardarte rencor por tus ofensas te señalará la ruta, si, serenamente, la consultas.

Recógete un instante para contemplar la indestructible unidad de tu conciencia a pesar de los innumerables actos que realiza con la misma fugacidad de las demás cosas mundanas.

¿Pudiste, no digo siempre, muchas veces, siguiendo el curso de tus propias acciones vislumbrar su esencia? Sin embargo no has de dudar que tú las realizas y frecuentes, con un fin establecido.

Ahora bien, si, como todos repiten, el hombre es un mundo en pequeño, esfuerzate en sacar de esa analogía una explicación del universo, no con el propósito de llenar una vanidosa aspiración, meramente especulativa, sino para dar la firmeza de lo irrevocable a los actos de tu vida.

Esa luz interna siempre viva, y esa fuerza siempre en movimiento que caracterizan tu conciencia te dan la noción de lo estable y permanente de tu sér, haciéndote per-

cibir tu absoluta identidad en cada momento del tiempo y en cada punto del espacio; lo que has sentido, lo que has pensado, lo que has querido pasó sin esperanza de retorno, su existencia precaria y transitoria fué absorbida por la eternidad devoradora.

La causa de esos actos subsiste todavía, pero los actos mismos fueron arrebatados por la incontenible corriente que se vuelca en lo insondable.

Si luego consideras que, no obstante tu estabilidad presente, nada hallas en tí, que de un modo absoluto y necesario te induzca a pensar que seas indestructible, por más que sientas el anhelo y como la seguridad de una supervivencia futura, confesarás sin violencia, y hasta con cierta modestia resignada ¿no es verdad? que no debiste ser tú la causa sin principio de todo lo existente.

¿Te será muy dificultoso admitir que es otra la fuente de lo visible, que tu voluntad y pensamiento podrían ser como el reflejo de un pensamiento y una voluntad infinitamente superiores? Tal vez juzgues que me he impuesto una tarea inútil al repetirte algo muy semejante a lo que, otras veces, has oído. Si tan al alcance estuviera, dirás, la solución de tan arduo problema, no lloraría la humanidad su fe perdida ni buscaría los fundamentos de su moral en lo inseguro y perecedero, pensando que las huellas de esa soberana razón impresas en la razón humana, bastarían para señalar a los hombres su camino. Bion sé que no basta una mera analogía para dar solidez a una demostración, pero no fué mi objeto demostrar, sino dar pábulo a tus meditaciones, mostrándote la senda que he seguido.

Repasa los argumentos ya célebres sobre este tema, con el deseo de ver.

Mas si los ratiocinios que determinan la necesidad de una causa primera no llenan tu espíritu, si de lo contingente no te atreves a deducir lo necesario, si, por último ninguna de las demostraciones metafísicas te satisface, aunque sepas que las leyes del pensamiento son tan objetivas como las leyes físicas, no te restan más que dos



caminos: la negación ó la fe. Habrás advertido que de propósito no te hablo de suspender el juicio. El hombre que anhela poseer una norma estable de conducta no debe, no puede permanecer en continua fluctuación. El escepticismo engendra irresolutos; y no es tan largo el espacio de la vida que nos permita entretenernos en infecundas cavilaciones. De un lado tienes la amoralidad franca, resuelta, cínica, si quieres; por el otro, el sometimiento a una ley eterna e inflexible: elige.

*Pascual Passarella.*

---

# El Renunciamiento

---

La escena representa un cuarto-taller. En el fondo esculturas completamente cubiertas por lienzos.

Personajes: **El Maestro**, un ser ta-  
oiturno, que a los cuarenta y cinco años tiene los cabellos completamente blancos. **El Discipulo**, un adolescente de frente elevada y ojos inspirados. **La Madre**.

## EL MAESTRO Y EL DISCIPULO

(*EL MAESTRO deja en su caja el violín y el arco. Acaba de tocar una composición inédita, como todas las suyas, de una tristeza y una amplitud infinitas. Algunos momentos de silencio bajo la impresión de la música escuchada. Las palabras del diálogo que comienza son pronunciadas como con esfuerzo, cual si el espíritu de la música les hubiera alejado del instante y del lugar. Los movimientos son igualmente lentos y graces, especialmente los del MAESTRO, que parecen espiritualizados*).

**EL DISCIPULO** (*Como para sí mismo*) ¿Será necesario vivir largamente o dolorosa e intensamente para sumar un día de instantes como éste? (*Larga pausa*)... Y las flores parecen morir en su vaso de cristal. ¿Se condenan las flores arrancadas a la planta?

**EL MAESTRO**—No, siguen su vida hasta agotarse. ¿Nos niegan acaso su perfume? (*pausa*).

**EL DISCIPULO**—(*pensativo*) ¿Cuánto habréis vivido para componer esa música!

**EL MAESTRO**—Quizá no he vivido sino como viven las sombras. Pero he vagado largamente por el mundo...

- EL DISCIPULO — Habréis sentido hondamente los vaivenes de este vivir...
- EL MAESTRO — He visto aparecer y desaparecer y reaparecer infinitas veces el sol, y con él ¡tantas cosas en el mundo! y tantas ¡tantísimas en mi mente! Algunas han muerto ya.
- EL DISCIPULO — (*pensativo otra vez*) Sí, lo sé. Vuestra música me lo dijo.
- EL MAESTRO — Otras van a morir muy presto, como las flores en el vaso de cristal...
- EL DISCIPULO — También lo sé. Arrancadas de vuestro espíritu se conservan y exhalan su perfume por algún tiempo, antes de morir. Y vos ¿asistís y cantáis su muerte?
- EL MAESTRO — Con más dolor que la planta a la cual arrancaron sus flores...
- EL DISCIPULO — No os quejáis...
- EL MAESTRO — (*sonriendo*) ¿Se pierde acaso lo que yo pierdo? Mis ojos ciegos casi, apenas ven la luz ¿He de llorar por la luz? ¡Si se vierte a raudales por el mundo! Y mis pupilas... ¡si las sabía mortales! En cuanto a las cosas espirituales que se han ido de mi mente, yo lo sé: hay otras mentes en el mundo. Lo que muere hoy, renacerá mañana. Lo que muere en un hombre, surgirá en otro hombre.
- EL DISCIPULO — Sin embargo, vos cantáis lo que no está en vos.
- EL MAESTRO — Sí, como el fantasma de algo que me fué querido, que me fué necesario, y al que hoy... ¡he debido decir adiós!
- EL DISCIPULO — Con tristeza infinita...
- EL MAESTRO — Con agradecimiento infinito también... (*pau-  
sa*) Voy quedando solo...
- EL DISCIPULO — Es verdad. No tenéis familia.
- EL MAESTRO — (*pensativo*) Tenía hijos...
- EL DISCIPULO — (*con interés*) ¿Hijos? ¿vos?
- EL MAESTRO — (*pensativo*) Pero voy quedando solo.

- EL DISCIPULO — No os comprendo.
- EL MAESTRO — No eran hijos de carne. No alcanzó mi tiempo a formar vínculos terrenales.
- EL DISCIPULO — Comprendo. Despreciasteis los afectos que lo común de los hombres aprecian.
- EL MAESTRO — (*sonriendo*) Acaso yo mismo no lo sé. Pero... sustentaba a otros hijos. Y mis hijos me absorbieron. Les di mis alegrías. Les di el descanso de mis noches, el vigor de mi mente, el rayo de mi genio ¡y la luz de mis pupilas y el color de mis cabellos!
- EL DISCIPULO — Conozco a vuestros hijos: eran hijos de belleza.
- EL MAESTRO — (*con tristeza*) Bien decís: *eran...*
- EL DISCIPULO — ¿Qué fueron?
- EL MAESTRO — Imaginé inmortalizarme en ellos... Pero yo tengo un enemigo: la sombra que se apodera de mis ojos, la debilidad que se apodera de mi cuerpo.... Y mis hijos eran fuertes. Cada uno de ellos exigía toda mi salud, mis fuerzas todas ¡y hasta el esplendor total de mi genio!
- EL DISCIPULO — ¿Qué hicisteis?
- EL MAESTRO — Por un instante odié la vida. Después reflexioné. Comprendí que mis hijos crecían en juventud y en fuerza. Comprendí que existía entre ellos una rivalidad de jóvenes atletas.... Comprendí que no pudiendo vencer todos de mis escasas fuerzas, lucharían. Imaginé esa lucha.... Lucha de hermanos ¿a quién perturba sino al padre? Junté mis fuerzas para imponerles paz. Mas, comprendí que la paz era imposible.... Entonces....
- EL DISCIPULO — ¿Entonces?
- EL MAESTRO — Entonces, los maté.
- EL DISCIPULO — ¿Qué decís?
- EL MAESTRO — Sí, yo les había dado vida, yo les di muerte. Un día... Todavía mis ojos veían el cielo radiante y la luz esplendorosa.... un cálido día coloqué a mis hijos en línea bajo el raudal de luz del sol. Yo los

contemplaba. Contemplaba su belleza... ¡Ya no existen! (*Volviéndose al discípulo*) Oh Marco, oh hijo mío, aquellos hijos de mi alma aparecieron en toda su hermosura, a la luz del medio día. Eran blancos y puros..., Pero aun faltaba darles perfección. Eran bellos, no inmortales. Yo ansiaba hijos de belleza inmortal. Y larga parte de mi vida había gastado en crear la perecedera belleza de los hijos de mi alma. ¿Qué hacer, Marco, hijo mío? ¡Yo los fui sacrificando uno a uno en aras de la belleza inmortal! Sí, los fui sacrificando. Murió primero el menos bello ¡pobrecito! Y miré entonces con más cariño a los demás. Suenmbió el segundo y el tercero.... Restaban los más bellos: los más amados. Medí mis fuerzas. Murieron muchos más.

EL DISCIPULO—¡Y los amabais, sin embargo!

EL MAESTRO—¿No habéis dicho que lloro por ellos, que canto lo que no está en mí? Los fantasmas de mis hijos aparecen en mis tardes de soledad... Me dicen cosas extrañas de la vida que no fué.... Yo extendo los brazos hacia ellos... y se van. (*Pausa. Pronuncia muy lentamente las palabras que siguen*) Y voy quedando solo. Y las sombras me invaden. Y se acerca la muerte. ¡Y no existe mi hijo inmortal! (*Pausa. El MAESTRO queda con la mirada perdida en el vacío.*)

EL DISCIPULO—(*Gravemente, acercándose al MAESTRO*) Oh MAESTRO, vuestro hijo, el último, el perfecto, el inmortal, existe. Yo lo sé.

EL MAESTRO—(*Vicamente*) ¿Lo sabéis?

EL DISCIPULO—Vuestra música lloró por la muerte de vuestros hijos mortales. Pero anunció también, solemnemente, el advenimiento de vuestro último hijo, el inmortal. (*pausa*) ¿Osaríais negar lo que la música anunció?

EL MAESTRO—(*Sençillamente*) No.

(*Pausa*)

EL MAESTRO—¿Marco?

EL DISCIPULO—¿Maestro?

EL MAESTRO—Yo soy el padre de mi divino hijo. Soy la idea generadora de su posible realidad. Soy su creador...

EL DISCIPULO—¿Y bien?

EL MAESTRO—Mi vida declina. Mis fuerzas se agotan. La luz huye de mis ojos. Mi hijo necesita sustento, fuerza, vida. ¿Quién podría dársela? Soy su padre y he agotado mi vida en su creación. ¿Quién se sacrifica por los hijos cuando el padre ha muerto? Solo una madre. Mi hijo debe ser tan hermoso, tan perfecto, tendrá tantos derechos a la inmortalidad, que su existencia exige el sacrificio de un padre y de una madre. De un padre en cuya mente existiera la idea engendradora y de una madre que a expensas suyas, lo nutra y lo modele en belleza. Sacrificio de dos seres. *(Pausa)*. Hace mucho tiempo que he pensado en esto: al padre y a la madre de mi hijo debe unirlos un mismo amor soberano: el amor de la belleza. ¡Y yo dudaba de que mi hijo encontrase quién quisiera modelarlo en perfección a expensas suyas! Hoy...

EL DISCIPULO—*(Interrumpiendo)* ¡Maestro!

EL MAESTRO—*(Interrumpiendo)* ¡Marco! ¿Tú amas la belleza?

EL DISCIPULO—Maestro: ¡Sí!

*(Se arrojan uno en brazos del otro y permanecen inmóviles, abrazados. Larga pausa)*

EL MAESTRO—Marco: jura que te sacrificarás por *nuestro* hijo.

EL DISCIPULO—Maestro: ¡juro!

EL MAESTRO—Tu vida y tu alma por completo.

EL DISCIPULO—¡Por completo!

EL MAESTRO—Le darás tus alegrías, el descanso de tus noches, el vigor de tu mente, el rayo de tu genio; y la luz de tus pupilas y la frescura de tu juventud.

EL DISCIPULO—Se las daré. ¡Yo lo juro por la belleza que amamos!

EL MAESTRO—Jura que mientras nuestro hijo no sea inmortal sacrificarás cuantos hijos espirituales pueda crear tu mente.

EL DISCIPULO—Maestro: ¡juro!

EL MAESTRO—(Que ningún afecto terrenal te apartará del amor de nuestro hijo.

EL DISCIPULO—¡Jamás, ninguno!

EL MAESTRO—Marco, gracias. Nuestro hijo será inmortal.

(Pausa)

EL MAESTRO—Ahora, Marco, debes verlo. (*El Maestro se dirige al fondo y levanta el lienzo que cubre un pequeño boceto*) ¡Míralo! Es Ulises asombrado en presencia de Nausicaa.

(Pausa. Marco se arrodilla y contempla el boceto)

EL DISCIPULO—¡Oh hijo nuestro, señalado entre todos! Viviré por tí y para tí hasta que los hombres puedan contemplar un día tu belleza inmortal! Mis ojos y mis manos se consumirán en tu obra. ¡Pero vivirás, yo lo juro! ¡Vivirás! y tu existencia alegrará a los hombres y los hará pensar en las inefables bellezas de la vida!

ENTRA LA MADRE

LA MADRE—(*Se acerca al Discipulo y quiere abrazarlo. El la rechaza*) ¡Te vuelvo a ver, te recobro al fin, después de interminable angustia, hijo querido!

EL DISCIPULO—(*Con frialdad*) He dejado de serlo.

LA MADRE—Marco ¿no me oyes? vengo por tí. Te he buscado por todas partes, de día, de noche, sin descansar, consumida por el deseo de encontrarte o de morir. ¡Qué angustia de no hallarte, de perderte para siempre! (*Se sienta y se oprime la frente con las manos*) Creía enloquecer. (*Con terror*) ¡No quiero recordarte, dolor mío! Mi desesperación no gritaba con gritos, ni lloraba con llanto, ni sangraba con sangre. ¡Era muda como son los dolores inconsolables! Y sin embargo, en un alarido de mis entrañas, de mi amor de madre abandonada, en un alarido silencioso de sobrehuma-



no dolor, he atravesado las calles de la ciudad, he atravesado los campos, buscándote, Marco. ¡Y nadie adivinaba ni comprendía mi angustia! (*Extremeciéndose*) ¡Ah, no quiero recordar mi dolor! (*Serenándose*)

Pero ahora mi pasión ha terminado. ¡Qué feliz soy! Mis ojos te miran y se recrean en tu vista. ¡Habla, Marco, habla para que mis oídos escuchen tu voz!

EL DISCIPULO—Madre, a qué hacemos ilusiones....

LA MADRE—(*Interrumpiendo*) ¡Oh día feliz en que he encontrado a mi hijo! ¡Mira, Marco, que quietud en el ambiente, qué angusta calma! El cielo va tornándose oscuro ¡pero cuánta belleza, cuánto misterio! (*pausa, animándose*) Y tú, Marco ¡qué hermoso estás! Tu belleza me asombra y me enorgullece. Pero... (*con repentino temor*) ¡no me mires así!

EL DISCIPULO—Necesito decirte...

LA MADRE—(*Interrumpiendo*) ¡Seremos tan felices! La vida en nuestra casa será un milagro de felicidad. Pero ¡qué extraña es tu mirada! ¡Pareces una estatua! (*retrocediendo*) Marco ¡me das miedo!

EL DISCIPULO—(*Al Maestro*) Es mi madre, es verdad. Pero tú lo sabes, Maestro: murieron mis afectos terrenales. Sus palabras no me conmueven. Sólo importa nuestra obra. (*A la madre*) Sábelo, madre; mi destino es realizar una obra de belleza tal, que absorbe ya mi vida. No me hables de tristeza, no me hables de dolor. Yo quiero vivir en la alegría de la creación de esa obra. Quiero vivir bajo el sol radiante, bajo el cielo azul, coronado de rosas. Es necesario que mi vida posea la alegría divina y la belleza eterna que he de plasmar en mi obra. Quiero amar la vida. Quiero producir belleza. Y a tu lado sería imposible. (*Con vehemencia*) Déjame, madre. ¡Vete! Nada puedo hacer por tí. Te he renunciado. Vive tu vida. ¡Sobrellévala! Yo tengo que seguir un camino distinto al tuyo. Distinta misión a la que imaginas he de cumplir.

LA MADRE—¿Qué dices? Oh Dios, ¡no comprendo! Mi hijo no ha dicho lo que yo he escuchado....

EL DISCIPULO—(Con firmeza) Madre: vete.

LA MADRE (Con desesperación) ¿Me rechazas?

EL DISCIPULO—¡Sí!

LA MADRE—(Con vehemencia) ¡No! ¡Un hijo no puede rechazar a su madre! Sería un crimen espantoso. ¡Mi hijo se avergüenza de mí! (Insinuante) No, Marco, eso no puede ser. ¿Tú no comprendes que eso no puede ser? Tú mismo no podrías tolerarlo. Concluirías por tener piedad de mí; por volver a mi amor. Porque tú no ignoras lo que he sufrido por tí. Y tú eres bueno. Y no puedes hacer eso que dices...

EL DISCIPULO—He jurado hacerlo. No faltaré a mi juramento.

LA MADRE—Y bien; no faltarás. Me quedaré contigo. Te serviré ¡y qué felices seremos! Harás una gran obra, serás dichoso ¡Y yo a tu lado siempre!

EL DISCIPULO—No, madre, tampoco. Es imposible. Tendré un solo pensamiento y un solo amor.

LA MADRE—¡Ingrato! ¡Cruel! Jamás creí haber dado el ser a una criatura de corazón tan duro! (pausa) Marco, ¡ablándate! ¡no me hagas sufrir así! (pausa) Oyes mis palabras, Marco, y permaneces mudo. ¡Las palabras no saben expresar la intensidad de mi dolor! Si vieres mi corazón desesperado ¡tendrías compasión!

EL MAESTRO—(Que ha permanecido silencioso y pensativo, para sí mismo) Uno tras otro les di muerte. Quedaba uno... Y ¿qué importa? Acaso sólo mi vanidad imaginó su belleza...

LA MADRE—De rodillas, Marco, te pido: ¡déjame permanecer a tu lado! (arrodillándose).

EL DISCIPULO—(Tapándose el rostro con las manos) No insistas, madre. No desgarras mi corazón...

LA MADRE—(Con vehemencia) ¡Tú has desgarrado el mío! ¡El mío, que te dió el ser!

EL DISCIPULO—¿Me lo diste acaso para obligarme un día a renunciar a mi vida? Ya no soy tuyo.

EL MAESTRO—(Para sí mismo) Bien presentía que se uniría a los otros... a los que ya no existen...

LA MADRE—(Al MAESTRO, Señor: vos que lo amáis, vos, a quien el cree y quiere: decidle lo que para los padres es perder un hijo... Lo que para nosotros representan nuestros hijos... Os lo pide una madre.

EL MAESTRO—(Para sí mismo) Lo que es perder un hijo... el último hijo... el más amado.... ¿Cuál es el bien? ¿Dónde está el mal?

LA MADRE—(Insistente) Yo necesito a mi Marco. ¡Devolvedmelo!

EL MAESTRO—(A la Madre, con firmeza) Irá con vos. Os lo prometo. Vuestro hijo por mi hijo inmortal. Pero ¿qué importa?

EL DISCIPULO—(Al Maestro) ¡Jamás, jamás! Maestro, ¡no nos condenes a perecer en nuestra obra!

EL MAESTRO—(Sonriendo) Y bien, Marco, la vida nos ha ofrecido un bello instante de emociones superiores cuando soñábamos hacer una obra inmortal. ¡Quién sabe si la hubiéramos realizado! (Destruye el boceto) ¡Mira! (Contemplando los pedazos) Nada queda que hacer. La hora de separarnos ha llegado. Adiós.

EL DISCIPULO—(Anonadado) ¡Has deshecho mi vida!

EL MAESTRO—Nada debe separar a un hijo de su madre.

EL DISCIPULO—Muerta esa esperanza, todo es lo mismo (A la madre) Vamos. (Al Maestro) Adiós.

(El Discipulo y la Madre se van. EL MAESTRO solo. Un instante de silencio).

EL MAESTRO—(Contemplando aún los pedazos) Es tarde ya... y sin embargo... aun tengo que componer otra canción....

Mercedes Daus

## Llamando a las filas

---

¡Lamento mucho...! Callara si ciertos males se curasen solos, empero, muy pocas veces acaece tan peregrino fenómeno y es menester, ya que no está en mis manos el remedio (pues si así fuera, el mal ya no existía en estas horas) que al menos señale la enfermedad:.... quizá con ello haga algo por la cura.

A fuer de persona franca, diré que aquella no es hoy tan grave como en tiempos pasados, aunque no muy remotos, y hasta no conseguir su extirpación total correremos el riesgo de dejar que se convierta en crónica y entonces....

Nosotros, digo mal, nosotros precisamente no, muchos estudiantes de Filosofía y Letras son muy poco estudiantes. Y esta vez digo bien. Digo bien porque ser estudiante completo no consiste en arribar al sumo grado en cuanto a la verdad ideológica del participio porque en este caso el participio asciende a la categoría de sustantivo. (?)

*Ser estudiante* es una cuestión que tiene más bemoles que los que aparentemente representa. Ser estudiante, y no hago aquí ninguna distinción de sexos, significa hacerse cargo también de ciertas responsabilidades que es bueno recordar, sentir ciertos deberes contraídos que, advertiré al pasar, en esta facultad, debido al relativamente corto número de alumnos y a la comunidad de anhelos que se persiguen, serían más fáciles de cumplir y darían un fruto más efectivo que en ninguna otra.

A esos deberes llamo yo: energía, fe y solidaridad para fundir el ideal de cada uno en un solo ideal, para hacer de las causas individuales y aisladas la causa de todos.

¿Existen esa energía, esa fe y esa solidaridad?

Por cierto no en forma tal que nos sea permitido asegurarlo. Existen sí, los sucedáneos antagónicos: indiferencia y egoísmo.

¡Indiferencia y egoísmo! ¿Con qué derecho? ¿Bastan razones morales para hacer imposible la existencia de cualquiera de éstos? ¿Dejan acaso ellos, los indiferentes y egoístas, de aprovechar de las ventajas y beneficios que obtiene una «maquinita» que está dándole que dále y que se llama: *la labor de los otros por el bien común?*

Y ¿Quiénes son los *otros*? Los *otros* son diez o doce espíritus, mezcla de altruismo y actividad, que se mueven, que trabajan, que se sacrifican y que todo lo hacen viviendo aislados por las aguas de aquella indiferencia.

¡Indiferencia y egoísmo! ¿Con qué derecho? ¿Creéis que sólo os está reservado el hacer la cosecha de aquello que araron y sembraron los demás?

A buen seguro, ni uno solo habrá dejado de regocijarse cuando se dictó la nueva ordenanza sobre las monografías, y el saber que lo debíais a nosotros ¿quebrantó las frías actitudes?

No hay provecho en mantener el incógnito. A nosotros dije o, en forma más concreta a la C. D. del Centro de Estudiantes.

Se pide ayuda a alguien ajeno a ella y le dicen a Vd: No puedo, che, ahora tengo clase y por la mañita hago tal cosa y por la tarde tal otra y por la noche... ¡qué sé yo qué! ¿Porque no le dice a fulano? El tiene tiempo. Y fulano.... Le sale a Vd. con la misma canción.

Pero: ¿es que nosotros no tenemos ocupaciones? ¡Ah no, señor! Pero tenemos también buena voluntad; y no es más que cuestión de eso.

Otras veces se oye una voz aislada que interroga: ¿cuando sale la revista? Ganas dan de hacer esta otra pregunta: ¿qué ha hecho Vd. para que salga? ¿Ha dado Vd. alguna colaboración? ¿Ha puesto Vd. su granito de arena? O ¿es que no sabe que la caza de originales para «Verbum» es la más difícil que registra el arte de la Cinegética, y en esta comarca universitaria más que en cualquiera otra? ¡En la Facultad de Filosofía y Letras!!!

Y, en fin, así todo.

¡Y se desea la Ley del Profesorado! ¿Cómo se va a imponer nuestro deseo si, hasta ahora, un interés tan grande como éste, no ha despertado en cada uno el ansia de unirnos de las manos para engendrar la fuerza?

Llamo bajo banderas, y espero. Espero porque si bien la solución no está en la mano de ninguno, está en la mano de todos y vendrá cuando haya claudicado el amor propio inoportuno, cuando haya claudicado el egoísmo, cuando haya claudicado la indiferencia, cuando haya claudicado el interés individual en aras del interés común que es el más beneficioso, que es el más real, que es el menos incommovible.

Vosotros me diréis si he predicado en el desierto....

*Jorge M. Piacentini.*

---

# Aulo Persio Flacco

Notas sobre su vida y su obra, reunidas  
por la señorita Lidia Peradotto

---

Escasas son las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de la personalidad de Aulo Persio Flacco. Las que tenemos nos han llegado, según algunos, por un antiguo comentario de Auneo Cornuto *philosophi et Persii magistri*, según otros, a través de una obra de Probo o de Suetonio.

Esta biografía de Persio, de origen tan discutido, se encuentra en los dos únicos manuscritos de las sátiras del poeta, uno del siglo IX, existente en Montpellier, otro del siglo X, que figura en la biblioteca vaticana.

El análisis de los párrafos más salientes de tan precioso documento nos proporcionará los datos fundamentales con respecto a la vida del poeta filósofo.

*Natus est Aulus Persius Flaccus pridie Nonas Decembres, Fabio Persico Lucio Vitellio consulibus, decessit VIII Kalendas Decembres Publio Mario Asinio Gallo consulibus.*

Nació A. Persio Flacco el día 4 de Diciembre siendo cónsules Fabio Pérsico y Lucio Vitelio, y murió el día 24 de Noviembre durante el consulado de Publio Mario y Asinio Gallo.

De este párrafo se deduce lo siguiente: que la vida de Persio se extiende desde el 4 de Diciembre del año 34 de nuestra era (año 787 de Roma) al 24 de Noviembre del 62 (año 815 de Roma). Comprende, por lo tanto, los últimos 3 años del gobierno de Tiberio, el reinado de Calígula y de Claudio y los primeros ocho años del reinado de Nerón, es decir, una de las épocas más funestas para la humanidad.

Este marco histórico nos permitirá indagar el ambiente social en el cual vivió el poeta.



Tristes fueron aquellos días para el pueblo romano. Muerta la idea de igualdad, sofocada la libertad de palabra, la elocuencia se había convertido en instrumento de especulación para halagar los oídos de los pudientes y arrancar el aplauso de bocas mercenarias.

Sustituída la fe en los dioses por el escepticismo y la hipocresía, ya nada servía de valla a la desbordante inmoralidad, que reemplazaba día a día las pristinas austeras costumbres por la desenfrenada satisfacción de las pasiones.

El egoísmo más bajo atacaba el gran cuerpo social. Semejante situación social debía, forzosamente, provocar el reto del moralista en nombre de las virtudes menguadas pero no perecidas en el pueblo romano.

Y así se levanta la figura de Persio, alma noble y generosa, educada en la escuela de los estoicos, que alterando el estilo elevado con el humilde, la compasión con el ridículo, predica a sus conciudadanos que la verdadera virtud está en ser no en parecer: *Virtutem videant intabescantque relicta!* (Sát. III, 38).

Como siempre acontece, aún en los períodos de mayor crisis moral, existía en el seno mismo de esa sociedad romana un grupo de austeros caballeros y matronas que, lejos de participar de la general corrupción, buscaba fortalecer sus virtudes en el ideal sereno de aquella filosofía que preludiaba la de Cristo.

A ese grupo perteneció Persio.

*Natus est in Eburia Volaterris eques Romanus sanguine et affinitate primi ordinis viris conjunctus; decessit ad octavum milliarium via Appia in praediis suis.*

Es creencia común que nuestro poeta haya nacido en Luni (hoy puerto Lerici cerca de Spezia); sin embargo, el haber residido allí buscando en las brisas marinas un lenitivo a la enfermedad que le aquejaba, no es motivo suficiente para contradecir su nacimiento en Volterra, dato inferido por el antiguo escoliasta y por el testimonio de los cronistas Eusebio y Casiodoro.

Aunque nuestro poeta filósofo pasó en Luni los

últimos días de su enfermiza existencia, no murió allí, sino, como afirma la antigua biografía, en una propiedad suya de la vía Appia a ocho millas de Roma, probablemente cerca de Bovilla, dato inferido de unos versos de la sátira VI (v. 56 y sig.) Faltándole algún heredero obligado, dice el poeta, bien lo conseguiría yéndose a las Bovillas: *accedo Bovillas* (1). *Pater eius Flaccus pupillum reliquit annorum fere sex; Fulvia Sisennia mater nupsit postea Fusio equiti Romano et cum quoque extulit inter paucos annos.*

Huérfano de padre a la tierna edad de seis años, faltóle también, después de un breve lapso de tiempo, el consejo de Fusio, segundo esposo de su madre Sisennia.

Estas desgracias domésticas tuvieron que influir en el alma delicada de Persio, produciendo en él esa madurez de espíritu propia de los seres adultos o tempranamente probados por el dolor.

*Studuit Flaccus usque ad annum XII aetatis suae Volaterris inde Romae apud grammaticum Remnium Palaemonem et apud rhetorem Virginium Flacum.*

Es probable que, *more vetusto*, nuestro poeta haya estudiado bajo la dirección de su madre hasta los 11 años en la ciudad natal, pasando luego a Roma para completar su preparación.

Sus primeros maestros en la gran urbe fueron hombres de reconocida fama pero por razones distintas.

L. Remnio Fannio Palemone gozó de mucho prestigio entre sus contemporáneos y la posteridad, según lo atestiguan las obras de Suetonio, Quintiliano, Juvenal y Plinio, sea por el poder de su memoria como por su fácil elocuencia; pero corrompido a la par de muchos, cometió toda clase de bajezas, a lo cual sin duda debió su amistad con Tiberio y Claudio.

Nuestro Persio debió talvez al método de aquel licen-

---

1) Bovilla era un pueblo próximo a la 11ª miliaria de la vía Appia, llamado así por haberse encontrado allí un toro, que ya consagrado había huido del ara hacia el monte Albano (Lhan).

cioso maestro, al cual el antiguo comentario llama *grammaticum carmina cum ostentatione artificii componentem* la obscuridad que tanto se le ha criticado?

Más eficaz para él fué sin duda Virginio Flavo su segundo maestro, expatriado por Tiberio en castigo del entusiasmo que su elocuencia provocara en las almas juveniles. Este fué el premio con que tarde o temprano la sociedad romana retribuyó la pureza de costumbres y firmeza de sentimientos de los maestros, amigos y parientes de Persio.

*Lucii Annaei Cornuti quum esset annorum sedecim, ita amicitiam uti coepit, ut ab eo nusquam discederet a quo inductus aliquatenus in philosophiam fuit, nam Cornutus, illo tempore, tragicus fuit sectae poeticae qui libros philosophiae reliquit.*

Persio a los 16 años, edad en que los jóvenes romanos abandonaban la púrpura que había custodiado su juvenil inocencia quedando librados a sus propias fuerzas, «cuando el amuleto por él regalado a los domésticos lares quedó pendiente delante de sus imágenes, cuando empezaron sus coetáneos a alegrarle con sus conversaciones y la insignia de plata le permitió saciar impunemente la vista en la *Suburra* » (Persio Sat. V - 39 -), en ese momento resbaladizo y difícil, él (Persio), tímido como una paloma se escondió en Cornuto, y el maestro, «armado el pecho de socrática sabiduría», guió los tiernos años del sabio adolescente.

*Quum iter ambiguum est et vitae nescius error*

*Deducit trepidas ramosa in compita mentes,*

*Me tibi supposui; teneros tu suscipis annos*

*Socratico, Cornute, sim. . . .*

Es menester recordar ciertos rasgos propios del espíritu romano, para penetrar el pensamiento anterior y comprender lo que Cornuto fué para su joven discípulo.

En Roma donde la filosofía adquirió, diremos así, un carácter práctico, se impusieron nuevas exigencias y nuevos criterios.

Los sabios no se limitaron ya a entregar al público el fruto de sus especulaciones filosóficas, sino que procu-

raron rodearse de discípulos para orientarlos en la virtud, y vivieron en los hogares romanos en calidad de consejeros y educadores.

¿Será menester recordar los ejemplos de Bruto, Cicerón y Augusto para ver la influencia ejercida por tales sabios?

Los filósofos, enseñando a bien vivir y a bien morir, llegaron a ejercer, como dice Martha (Revue de deux mondes, año 1863, tomo 47, pág. 294), « el libre sacerdocio » aliviando los pesares domésticos y públicos con su palabra y su ejemplo. Livia, esposa de Augusto, herida en su amor de madre por la muerte del hijo, halla un lenitivo a su dolor en las palabras del *philosophum viri sui*, Musonio Rufo, en el momento en que las legiones de Vespasiano y Vitelio preparaban el asalto a Roma, sale de la ciudad con el objeto de desarmar con su palabra y el prestigio de sus virtudes el espíritu de una soldadesca ávida de sangre y de saqueo.

La filosofía abrigaba la íntima confianza de inspirar serenidad a los espíritus zozobrados, y de imprimir en una sociedad de violencias el valor para arrostrar la muerte, considerándola como libertadora del mayor de los males: la tiranía.

El filósofo romano, como el sacerdote cristiano, asistía a los moribundos y condenados infundiendo en sus espíritus el alivio de las supremas esperanzas.

La doctrina de la Stoa con su absoluta austeridad era la más conveniente para una sociedad que necesitaba de tanta fortaleza y audacia. El estoicismo asumió un aspecto religioso y su enseñanza se convirtió en una especie de apostolado. El placer de la perfección moral sustituyó la ambición política y se aspiró al dictado de hombre sabio como otrora al de insigne orador.

Es dentro de este orden de ideas que sorprendemos a Persio haciendo entrega de sí mismo a Cornuto como a un director espiritual, *custos*, de su alma.

La moral práctica imperante en la época llevó a nues-

tro adolescente a seguir paso a paso al maestro, hallando en Cornuto lo que Lucilo halló en Séneca.

« El camino del sabio es más breve con los ejemplos que con los preceptos—La viva voz produce frutos mayores que la regla escrita—Nadie es capaz de apartarse solo del vicio: es menester que alguien le tienda la mano para sacarlo. Busquemos un guía que obrando sabiamente nos muestre lo que es necesario hacer, guía que sea más digno de ser admirado al verle que al oírle. El filósofo es como el médico, que no sabría prescribir desde lejos lo que convenga al enfermo, pues necesita tomarle el pulso, etc. . . . » (Séneca Epíst. VI, libro II, XXII).

Sobre estos principios orientó su vida nuestro joven caballero que, educado por su madre, teme en la adolescencia pura y virtuosa los peligros de la vida.

Cornuto, al predicarle la moral pintando el vicio, con su estoico desprecio hacia los hombres, con su absoluta intransigencia y con su lenguaje sin escrúpulos hubo de influir, sin duda, para hacer de Persio un satírico, pues este joven, sea por su ignorancia de la vida, sea por su alejamiento del mundo, hubo de ser destinado a elucubraciones poéticas de otra índole.

Citaré un ejemplo para probar la talla moral del más insigne maestro de Persio. Nerón, proponiéndose escribir en verso la historia de Roma, llamó entre otros sabios a Cornuto a formar parte de un « consejo privado » para discutir acerca del número de volúmenes que convendría dedicar a un asunto de tamaña importancia.

Hubo quien propuso 300, no faltaron los que pensando talvez que *melius est abundare quam defficere* propusieron 400 y hasta 700. Cornuto observó, con razón, que nadie habría de leer una obra tan voluminosa. Pero . . . se le contestó, vuestro Crisipo ha escrito un número igual para su filosofía. Es cierto, replicó Cornuto, pero los libros de Crisipo son útiles a la humanidad. Nerón ofendido lo desterró.

Tal fué el espíritu del hombre que tuvo tanta impor-

tancia en la vida de Persio, y tal fué también la orientación de la vida misma de nuestro poeta-filósofo.

*Stoica disciplina Persium ita imbuit ut neque huius satiras sine illius philosophiae notitia intelligere possis, neque Stoicae doctrinae sinceriolem interpretem facile incenias. . . .*

\*  
\* \*

*Usus est apud Cornutum duorum convictu doctissimorum et sanctissimorum virorum acriter tunc philosophantium, Claudi Agathemeri, medici Lacadaemonii, et Petronii Aristocratis Magnetis, quos unice miratus est et aemulatus cum aequales essent et Cornuti minores. . . .*

*Amicos habuit a prima adolescentia Caesium Bassum poetam et Calpurnium Staturam, qui viro eo iuvenis decessit. Coluit ut patrem Servilium Nonianum. Cognovit per Cornutum etiam Annaeum Lucanum aequaevum auditorem Cornuti. Et Lucanus adeo mirabatur scripta Flacci ut vix retineret se illo recitante a clamore. . . .*

De aquí se desprende que en casa de Cornuto solían reunirse no sólo filósofos y predicadores que malcontentos del siglo hacían la propaganda moral, sino también otros personajes más literatos que filósofos, tales como Cesio Bassio y Anneo Lucano, los cuales, sin duda, propendrían al maestro discusiones de índole poética. De los dos el primero fué el amigo de infancia de Persio, que a la muerte prematura del satírico pidió y obtuvo de Cornuto el honor de publicar las obras del poeta amigo.

Esto prueba la admiración sentida entre los mismos contemporáneos por los versos de Persio, admiración tanto más digna de tenerse en cuenta si se considera que Cesio Bassio fué, según Quintiliano, el más grande poeta lírico de Roma después de Horacio.

Sin duda ni Séneca, filósofo estoico, cortesano y ministro de Nerón, en constante claudicación de sus doctrinas frente a las exigencias políticas, ni Lucano, en su habitual inconstancia y contradicción, gustaron a la rigurosa integridad doctrinal de Persio.

*Ipsa etiam decem fere annis summe dilectus a Paeto Trasea est ita ut peregrinaretur quoque cum eo aliquando cognatam eius Arriam uxorem habente. Fuit morum lenissimorum, verecundiae virginalis, formae pulchrae, pietatis erga matrem et sororem et amitam et uxorem exemplo sufficientis.*

Peto Trasea, citado en este párrafo, mereció de Tácito el elogio de ser llamado «la personificación de la misma libertad», y fué en realidad el prototipo del estoicismo razonable.

Enérgico, sereno y prudente, conservador de la propia vida en homenaje al bien público, fué tal el prestigio merecido por sus virtudes, que hizo de él una verdadera autoridad en las decisiones del senado y en la opinión del mismo Nerón.

Persio gozó durante 10 años de la amistad de Peto Trasea cuya muerte fué decretada por Nerón, para quien la presencia de ese dechado de virtudes era un reproche constante a su conducta. Cabe en realidad cierta distancia entre la poética rigidez de Persio y la intrepidez serena de Trasea; sin embargo la influencia de éste en el espíritu de aquél fué decisiva, y su persona se delinea por momentos en los versos del poeta.

La biografía nombra de paso a Arria, esposa de Peto Trasea y prima del poeta, y agrega que se combinaban en Persio a la belleza del semblante la delicadeza de espíritu, la suavidad de costumbres y sobre todo un respetuoso afecto hacia la madre la hermana y la amiga. . . .

Es presumible que la dulzura de sus costumbres así como su virginal modestia fueron debidas a la compañía de aquellas matronas cuyos cuidados tanto necesitaba el débil adolescente. Las mujeres de Peto de Trasea y de Séneca, conocidas bajo el título de «mujeres estoicas», fueron las que constituyeron el círculo de graves matronas frecuentado por Persio. En esa sociedad que recordaba y perpetuaba la memoria de la Arria de Peto Cecina (aquella que al ofrecer al marido sentenciado a muerte el puñal empapado en su propia sangre exclama las sublimes palabras: *Pete, non dolet*), halló el poeta una nueva fase de la



doctrina estoica. Así nuestro satírico pudo observar en su derredor el estoicismo bajo sus más distintas formas; en los doctos coloquios con los filósofos maestros y amigos en las conversaciones familiares con políticos del tipo de Trasea y en la agradable compañía de las futuras heroínas.

En realidad, si nos representamos a Persio crecido en esta sociedad, joven, bello, acariciado por su inteligencia, querido por la suavidad de sus costumbres, débil de salud, rodeado por mujeres de noble alcurnia para quienes tuvo un tierno afecto, alejado del vicio por su precaria salud y por su educación, inferiremos cual pueda ser el contenido y el valor de su sátira. El autor repetirá el catecismo estoico con la tristeza y rigidez de un solitario, y hablará con la exageración virtuosa y la atrevida ingenuidad de un « neófito », como diría Martha, que contempla la vida desde el rincón de su claustro.

Hasta aquí hemos visto a Persio como hombre. Lo consideraremos ahora como poeta estudiando el valor literario de este pensador de quien Quintiliano dijo: *Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit.* (Inst. XI, 94).

Desde luego podemos afirmar que no es fácil interpretar a Persio. Sus sátiras, *prima facie*, aparecen como un conjunto de palabras sin sentido. Su obra es comparable a un jardín esmaltado de flores hermosísimas al cual sólo podemos mirar como a través de una densa niebla. Hay en los versos de nuestro poeta, para quien los lee por vez primera, palabras sin sentido, un algo así como confusión de términos que chocan sin representar concepto alguno. Pero para quien los lee con detención la niebla se disipa dejando entrever no ya « un vacío ni un patrimonio de ideas comunes », como quiere Nisard, sino un pensamiento vivo y original.

¿Que es difícil interpretar a Persio?

Convenimos—pero no menos seguros estamos de que su forma es viva, escultórica y enérgica.

Es cierto que podemos aplicar a su estilo el epíteto que con razón se aplica a la personalidad de Heráclito, «la

obscuridad», pero en ambos tiene su razón de ser. En Persio es motivada por la necesidad de destacarse de la literatura de su tiempo para acercarse a los elementos clásicos (Horacio y Lucilio), privando su inteligencia de aquella libertad que sin duda hubiera sido ventajosa a su obra literaria.

En realidad, debemos admitir que el genio de Persio no fué independiente, y que careció de originalidad si por ella entendemos «creación de conceptos nuevos», pero si damos a la originalidad otra acepción, igualmente admitida por la crítica moderna, la afirmación anterior cambiará de aspecto.

Algunos, creyendo con Nisard que las sátiras de Persio son la exposición en verso de antiguos temas de filosofía estoica, que llegaron a nuestro poeta por la tradición escolástica de Anneo Cornuto, consideran esto como la causa de su obscuridad y de su escaso valor poético. Agregan los que así piensan, que, a diferencia de las sátiras de Lucilio y Horacio, las de Persio no tienen el sello de una época o sociedad determinada, y que los vicios por él descritos son los de todas las edades.

Esta afirmación, como veremos, es inexacta, porque Persio ha sido el poeta que con más eficacia nos ha dado noticia de la aplicación práctica de la filosofía estoica.

La obra de Persio consta de seis sátiras precedidas por un prólogo cuya autenticidad es puesta en duda por algunos. En el prólogo, como en la primer sátira, el poeta contesta a la pregunta que sus contemporáneos le dirigen, esto es, si su vida es una verdadera manifestación de poeta.

No pretende ser poeta: «jamás se adormeció en el Helicón ni vió a Homero en sueño» (como el poeta Enio). «La genialidad de los primeros poetas activanla sus musas, hoy los vates sacan el material de sus cantos de las necesidades del vientre que pide pan, o se desahogan contra la adulación».

Fingía Persio pertenecer a los segundos y no ser por lo tanto poeta en el justo sentido de la palabra, como habían dejado de serlo todos. Los que aun seguían osten-

tando ese título reduciáanse, según él, a imitar los loros que estimulados por el hambre saludan con un estridente *Kaire* a los recién llegados. Afirma él mismo que su poesía es como la de Horacio y Lucilio, porque mana de la vida; reconoce que la exaltación trágica y el concepto heroico son superiores a su musa, y por lo tanto a esto reduce su propósito: « buscar de adaptarse a los más ».

En la segunda sátira Persio se burla de los deseos humanos, y muestra cómo los hombres en la intimidad de su conciencia solicitan de los dioses cosas que se avergonzarían de manifestar a los hombres: « tienen la debilidad, exclama, de creer que los dioses sean corruptibles a la par de los hombres y que accedan a sus pedidos por medio de ofrendas. He aquí lo que servirá de fuente a Juvenal para ridiculizar la naturaleza humana. (V. Sát. X.)

Persio insinúa en la 2.<sup>a</sup> sátira la ineficacia de los dones materiales para comprar la gracia divina; en la 3.<sup>a</sup> hace un paralelo entre el joven rico y el pobre describiendo el amanecer de aquél y preludiando en su irónico verso el famoso «Giorno» del Parini.

En la 4.<sup>a</sup> el poeta hace blanco de sus flechas aquella juventud que acecha los altos cargos del estado sin tener otro mérito que el de la nobleza heredada. Introduce a Sócrates reprochando severamente a Alcibiades, que inexperto en las tareas de gobierno, aspira al mando supremo de los Atenieses.

Para muchos críticos la figura de Alcibiades encubre la personalidad de Nerón con quien tuvo ciertas afinidades, pero sea cual fuere la verdad al respecto, lo cierto es que el poeta alcanzó en esta sátira como en las otras su fin primordial: desenmascarar la hipocresía y burlar la petulante incapacidad de los hombres.

Llegamos así en esta rápida enumeración a la 5.<sup>a</sup> sátira, en la que Persio pone de manifiesto su gratitud hacia el maestro. Sigue a ésta la última sátira dirigida a Cesio Basio, donde el poeta desenvuelve el concepto siguiente: zaherir a los avaros que llevan una vida indigente para

dejar un patrimonio más abundante a los herederos de-  
rochadores.

Admiramos en Persio un altísimo ideal moral, si bien esto no es lo que precisamente inspira su sátira. Hallamos en su obra un retrato de la sociedad contemporánea, tal como lo pudo hacer un poeta de la educación y vida de Persio. Nuestro satírico parece subir a una altura vertiginosa, desde donde juzga a los hombres, no como censor, sino como admirador de la verdadera virtud.

Su sátira no es nunca personal; desaparece en ella el individuo para no quedar más que la humanidad.

Toda sentencia filosófica del poeta es un recuerdo de Zenón; su doctrina es la de la *Stoa*, especialmente en lo que se refiere a los preceptos morales.

El estudio de la virtud y de la sabiduría constituye su ideal de hombre y de poeta, y mantiene íntegro el dogma socrático de que nada vale fuera de la virtud, la cual basta por sí sola para la felicidad del hombre.

Supo sin embargo mitigar la severa sentencia del antiguo estoicismo, reputando que no deben despreciarse las cosas relativas al bienestar de la vida siempre que se subordinen a la bondad de las costumbres.

Este joven discípulo de la *Stoa* sueña y aspira al arquetipo del sabio estoico y procura hacerlo caro al lector. Evoca en su grito sublime, *esto liberque ac sapiens*, el concepto estoico de que «sólo el sabio es libre», presentándonos el concepto de libertad bajo un nuevo aspecto.

La libertad, para Persio, no estriba en los derechos políticos sino en la independencia del alma que, libre de pasiones, no somete «la razón al talento».

La mitología de Persio es la de los estoicos; reconoce un soberano ser provisto de suma sabiduría, casi artífice y creador del mundo a cuya ley es fuerza obedecer; pero este reconocimiento del gran dios de la *Stoa* no le impide que de cuando en cuando eleve una plegaria, que solo mana de su sentimiento, a Jove, padre de los dioses.

Ahora bien, nuestro poeta-filósofo ¿había hecho suya

la sentencia socrática de que «la virtud no es otra cosa que la sabiduría?». El contenido de la 3ª sátira parece afirmarlo. En ella el poeta echa en cara a la juventud holgazana su descuido hacia la filosofía, la única disciplina capaz de cultivar la razón, y compadece su ignorancia acerca de los goces producidos por la virtud, «el único bien».

En la sátira 3ª, hablando del esclavo que obtuvo del pretor la libertad, observa nuestro filósofo que, en rigor, aquélla no es la verdadera libertad, pues no depende del pretor la suprema ley que los hombres deben acatar para bien vivir, sino de la obediencia a la naturaleza.

Adviértase, empero, que el estoico tenía un concepto especial de la naturaleza, y por ende un concepto propio del bien y del mal.

Considerando las cuatro pasiones: «temor, afecto, placer y deseo», como un falso juicio sobre el valor de las cosas, cifraba la virtud en la razón o en la ciencia del bien, y reconocía como regla de conducta este mandato: «sigue la naturaleza». En síntesis de esta, breve noticia podrá inferirse el valor especulativo de la filosofía de nuestro poeta. El pensamiento de Persio aparece no solo empapado en las ideas de la doctrina estoica sino también en las enseñanzas del Pórtico, adaptación que el estoicismo había sufrido para infiltrarse en la sociedad romana, matizada por cierto platonismo que se manifiesta en nuestro poeta al derivar los afectos, no ya de la parte racional del alma, sino de la irascibilidad y concupiscencia.

Persio, deseando llevar los principios del estoicismo a la vida práctica, y reconociendo en la juventud la esperanza de la patria y de la sociedad toda, a ella se dirige especialmente en tono de reproche o de estímulo, exhortándola a corregir las costumbres conforme a los dictámenes de la razón: *Discite, o miseri, et causas cognoscite rerum.*

La filosofía de Persio, como la de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, se nos presentan así en su faz práctica como preludeo de aquella religión del espíritu y del amor, que como un rayo refulgente de verdad debió iluminar la inteligencia humana.

## La música y el sentimiento

### en las poesías de Safo <sup>(1)</sup>

---

Amigo Matharan:

No se lo quiero negar: es cierto que siento algo por Safo. A mi edad, tal vez esto le extrañe. Es que estoy persuadido de que si sus versos se hubiesen conservado y hubiese existido otro Monti capaz de evocar su espíritu en una traducción, no habría puesto para otro poeta.

Lo del *espíritu* pide una explicación. El significado de los versos, las imágenes y los epítetos no son el *espíritu* del poeta, sino sólo lo que se le objetiva; el *espíritu* hay que buscarlo en el sentimiento, en lo que el poeta experimenta frente a su visión. Esto no se logra con el diccionario ni con la gramática. Sin embargo, está en la obra poética y se comunica al lector que tiene disposiciones para percibirlo. ¿Quiere saber cómo? Por medio de la música del verso.

Me río cuando oigo decir que los antiguos carecieron del sentimiento de la naturaleza. Los antiguos no hablaban en general del sentimiento, porque la palabra no es el instrumento directo de su expresión. Su vehículo es el sonido de la palabra, la música.

Hasta Monti, Homero se leía, era traducido y comentado, y sin embargo quedaba muerto: es por eso que se le discutía y hasta despreciaba. Monti, por un fenómeno de *medianidad*, sintió su música, dejóse arrebatar por ella, y logró trasfundirla idéntica en sus versos, y Homero volvió a vivir.

---

(1) Este escrito no tenía por destino ser divulgado en letras de molde. Disculpemos el autor la traición que le hacemos, publicando lo que por huir de la tésura académica solo aspiraba a ser una lección privada.

Safo como Píndaro, y en general todos los poetas antiguos, aun está en el limbo esperando su *medium*. Las traducciones más exactas que se han hecho hasta el presente, o no dan sonido alguno o dan otro. Y así también hay poesías originales, lavadas, sin perfume: es cuando el poeta compone sin sentir nada: compone con amaneramiento, por hábito o por reflexión. Y así acontece que a menudo se hecha a perder el sentimiento por el anhelo de pulimentar demasiado la forma.

Hoy, por desgracia, entre las mil calamidades existe la de analizar directamente el sentimiento, el querer describir lo que se siente.

Si Vd. ama, el modo de hablar, el tono de la voz, el ademán, todo lo dirá.—¿Y los piropos?— me preguntará. Sea; pero los piropos, querido, ya son indicios de falsedad, del deseo de seducir. Cuando no lo son, cuando irrumpen del corazón, tienen por objeto la amada y sólo indirectamente el sentimiento de Vd. A éste la mujer lo adivina al verse tan idealizada en sus palabras.

La poesía representa, o más bien, comunica un estado de ánimo. Lo que en él es objetivo es más que razonable que pase a las palabras: si mi desesperación me hace pensar en desiertos, en lugares solitarios, abandonados, presentar al lector estas visiones tétricas será un modo de comunicarle mi estado de ánimo. El sentimiento sugiere imágenes como el apetito hace pensar en un plato humeante; sin embargo, las imágenes solas no bastan si lo que Vd. siente no empapa la palabra y no se marca en el ritmo.

.....*Heac deserta loca et taciturna querenti...*

Aquí siente Vd. y ve al mismo tiempo; ve *los lugares desiertos y silenciosos*, y siente por sugestión de la música del verso, el desierto. Sin embargo el concepto no está en armonía con el sentimiento: Propercio mira en torno suyo y dice: *estos son los lugares desiertos y que tendrán secretas, no repetirán, mis quejas*. Mas, por un instante se produce en él la impresión del desierto y del silencio, y sin más aparece en el sonido de las palabras y el ritmo lento.



Virgilio quería decir que la ausencia de la luna favoreció a los griegos que pudieron, sin peligro de ser vistos, navegar de Ténedos a Troya. Pero aquel vocablo *luna* despierta en el poeta la sensación del paisaje lunar; es cosa de un momento y se manifiesta en el verso:

...*Tacitae per amica silentia lunae...*

Las palabras dicen que no hay luna, y sin embargo, todos al leerlas ven el paisaje iluminado por la luna silenciosa. Tan es así, que personas muy atentas sobre sí misma, creen que Virgilio sigue la opinión de aquellos eruditos griegos que hacían caer a Troya en una noche de luna llena. El verso no dice más que: *iban por la oscuridad favorable, no habiendo luna*; pero tan grande es la insinuación del sonido de las palabras, que hasta puede producir un efecto contrario a su significado.

Virgilio es siempre o casi siempre *musical*; era pues un alma sentimental.

Cuidado con confundir esta música de que hablo, con la del *verso* como tal. El verso tiene su esquema musical, su esqueleto fijo. Hay poetas que se complacen en hacer resaltar el sonido del verso y marcan sus medidas fuertemente; y muchos, engañados, creen que esos poetas tengan un gran sentimiento musical. Nada más falso: los poetas más musicales son precisamente aquellos que menos dejan entrever el andamiaje del metro. Es por eso que Tibulo es sin comparación más musical que Ovidio, cuyos versos andan todos al galope. No menos musical que Tibulo es Catulo, aunque sus versos parezcan sin sonido a los oídos vulgares.

Leopardi, de todos los poetas del siglo pasado sin excepción, es el que más habrá de durar; es un poeta que también admiran y citan los extranjeros. Ciertamente, fué el más erudito, el que mejor estudió su idioma, el que mejor supo apreciar los idiomas y las literaturas extranjeras, y además el que más conocía el griego. Pero no debe su popularidad a estas raras cualidades sino a su *sentido musical*: no en vano había nacido tan cerca de Rosini.

Muchas poesías hay en que la crítica nada encuentra que censurar: claro y justo el concepto y propia la expresión; sin embargo no conmueven. Es que son obra de la habilidad, de la práctica o de la reflexión, y al componerlas el poeta no sentía nada.

La poesía verdadera, - transmisión de un estado de conciencia, y por lo tanto del contenido objetivo (*representaciones*) y subjetivo, - es aquélla en que pensamiento y sentimiento se funden juntos, el primero en imágenes y conceptos, el segundo en el ritmo y la composición de los sonidos. Esas son las poesías que entusiasman y conmueven.

Hay versos que por esta misma razón sobreviven al nombre mismo del autor. Lea, por ejemplo, esta estrofa que todos en Italia repiten:

*Luna romito aereo,  
soligno astro d'argento,  
come una vela candida  
navighi il firmamento....*

¡Eso es todo lo que dara de un poeta que fué además novelista!

Así es como se ha de expresar, o mejor transmitir, el sentimiento, porque éste no se expresa, pero se trasmite por la sugestión del ademán, la modulación de la voz y el ritmo. Si Vd. quiere analizarlo y traducirlo en palabras, la tentativa fracasará: ésta es la primera causa de la degeneración de la poesía; la causa de esas descripciones interminables, y esos fastidiosos análisis psicológicos.

Así lo entendían los antiguos. Decían lo que el amor sugería, mas no analizaban el amor.

Verdad es que no todos sienten esta parte: el espíritu para ser evocado necesita un *medium*.

Pienso que cada uno tiene su música particular, expresión de su modo de sentir, como tiene un metal particular de voz. Por eso, por la particularidad de su ritmo, hay muchos poetas que no se entienden sinó a medias. Uno de estos es Páscoli, cuya música no logro sentir por más que

me esfuerce. A Carducci no lo siento completamente, y sólo me entusiasma en las *Odas Bárbaras*, pero no en todas igualmente ni en todas las estrofas: es evidente que en los metros habituales él mismo no se hallaba a sus anchas, y que el estrépito del metro estorbaba su música personal. Tampoco se siente a Leopardi en los septenarios; hay que buscarlo en las canciones y en los versos sueltos.

Pues bien, aun no hubo, que yo sepa, quien haya sentido a Safo. Y sin embargo su pensamiento es siempre claro, su forma la más sobria y exacta posible.

De encontrarse un *medium* capaz de conservar su música en una traducción, Safo quedaría sin más fuera de concurso, aunque no se conserve de ella sino suspiros.

Quiero agregar una observación: Lucrecio cuenta hoy día entre los astros mayores. Sin embargo no es más que el espositor de un sistema filosófico, y los pasajes escolásticos y fríos abundan en su poema, en pro del cual puede objetarse que quedó incompleto. Pero el secreto de la admiración por Lucrecio ahí está, en la musicalidad del preludio:

*Aeneadum genetrici hominum deorumque voluptas...*

Es la música de éste y otros versos parecidos lo que mantiene la gloria de Lucrecio. ¿Y sabe dónde puede encontrar repetida esa música? En *Los Sepulcros* de Fóscolo:

*All'ombra de'cipressi e dentro l'urne...*

Hoy día se empieza a comprender la importancia de Metastasio en la música. Su maestro y padre adoptivo fué Gravina, un jurisconsulto. Este, en una obra sobre la tragedia griega expuso mil preciosas ideas sobre la música del verso y el papel que la misma debe desempeñar en la ópera teatral. Lo que dijo sobre la estructura del verso era original y no fué sin consecuencias: a él se debe la transformación que llevó del verso suelto de Caro al de Fóscolo, pasando por Martelli, Parini, Mascheroni y Monti. En cuanto a lo del papel de la música en la ópera, no

son sino las teorías de la escuela florentina que Wagner hizo suyas.

Mas Gravina educó a Metastasio, cuyos versos son ya música por sí solos. Pues bien, el carácter de la llamada *aria* de la música italiana se reconoce hoy día como nacido de la poesía de Metastasio.

¿Quiere otra prueba de la existencia de esta música? Bellini no podía componer sino sobre versos de Romani, ¿Conoce la *casta diva*? Este trozo y la sonata de Beethoven son los que dan con más perfección el sentimiento lunar.

Bellini sentía el trozo sin poderlo expresar aún. Romani le presentó primero unos versos y luego otros, y Bellini se los devolvió: él buscaba otra cosa. Finalmente Romani se recogió, meditó y logró dar con el *casta diva che inargenta*... Estos versos fueron acogidos con un ¡*euréka!* Son mediocres, no lo niego, pero empapados en *música lunar*.

Traduzca Vd. una estrofa de Safo, y la música se esfuma, se evapora: queda una flor sin perfume, una bella forma pero sin vida. «Los astros en torno de la bella luna esconden pronto su esplendente forma, cuando, llena, más brilla sobre la tierra... argentea» Todo se va: aquellos sonidos largos: *χάλαρ σελάρραρ*, que dan la impresión del lugar abierto y espacioso, aquel *φάερρον εἶδος*, que hace sentir el centelleo y parpadeo de las estrellas, etc... «En torno el agua fría suena sobre las ramas de los manzanos, y de las hojas sacudidas se derrama el letargo». Es exacto, y sin embargo no deja de ser una profanación: queda la pintura del fenómeno natural, sin el sentimiento.

Hay unos pocos versos de Aleman, de los que ni siquiera se sabe con precisión lo que significan. Por lo menos los eruditos disputan sobre cada verso. Sin embargo los hallamos imitados por Virgilio, Ovidio, Tasso, Ariosto, etc. y aun es hasta el presente uno de los pocos fragmentos de lírica griega que se consideran como vivos.

¿De dónde su fuerza subjetiva? De la música de que están embebidos: *la música del silencio*. No se trata sino de una enumeración que ni siquiera es original, porque ya la encontramos en Homero: «Duermen las cumbres de los montes y los valles, las pendientes y las simas, las hojas y los animales que se mueven y nutre la negra tierra; y las fieras de la selva, y la familia de las abejas, y los monstruos de las profundidades del mar purpureo; duerme el pueblo de las aves de anchas alas».

Las cuestiones que se hacen sobre cada palabra no merecen atención por el momento: si se haya de leer *φύλα* o *φύλλα*, si *ἐρετά* significa *serpientes* o animales que *caminan*. El crítico exige que la enumeración sea completa y ninguno de los particulares esté comprendido en el otro; mas, lo que constituye la sugestión de estos versos es la música, la calma soñadora.

¿Es posible indicar los elementos que producen el efecto? Quizá lo sea; empero, es cierto que no es la reflexión sino el *sentimiento* lo que se lo indica al poeta...

Julio de 1915.

*Francisco Capello.*

## Homenaje al profesor

### Don Antonio Porchiatti

---

El día 5 del mes corriente se realizó en el anfiteatro de la Facultad, el homenaje que a la memoria del Prof. D. Antonio Porchiatti dedicaron sus colegas y los alumnos de esta casa.

El Presidente del Centro Sr. Jorge M. Piacentini dió comienzo al acto con la lectura de la siguiente oración:

Señor Decano,  
Señores catedráticos,  
Señores:

Es éste el retoño de una amargura que echó por siempre sus raíces en nuestras almas: es éste un momento de dolor que se renueva y que hemos buscado por el imperativo de nuestra gratitud y de nuestra justicia.

Los cuerpos que vienen y se van no pueden ciertas veces arrastrar a sus almas a la nada porque han quedado demasiado altas y las dejan aquí, y sabemos que viven con nosotros, porque si las llamamos sentimos en el acto su presencia. Es la de hoy, una cita de ofrenda y el ofrendado está en la mente de todos los que aquí vinimos a llamarlo.

Si fué Antonio Porchiatti un hombre hoy ya no es; si fué un alto espíritu admirado y querido por nosotros hoy sigue siéndolo, y si su gloria no ha sido de las que vuelan en brazos de la fama, fué porque así lo quiso su austeridad sedienta de silencio. La modestia había tejido el ropaje de ermitaño que no pudo rasgar la vanidad humana. ¡Bienaventurados los espíritus que se hicieron querer cuando se hicieron admirar, porque de ellos será siempre el reino de nuestros afectos!.

Porque allí estuvo y allí está, le lloramos cuando partió hacia el Ignorado, y dejamos entornada nuestra

puerta interior a la tristeza... No a la tristeza trágica que se precipita en los campos del alma al frente de una hueste de torturas que no deja en pie, ni la más alta y fuerte, ni la más imperceptible de nuestras esperanzas; no a la tristeza trágica que crispa los puños y marca en nuestros rostros el hondo surco de una mueca de desesperación y de impotencia, no a la tristeza trágica que reduce a un espíritu y a un cuerpo a gimiente ruina de cosas laceradas...

Dejamos entornada nuestra puerta interior a la tristeza y ella, como un hilo de agua que va buscando lento su remanso, se acercó con un suave murmullo de lágrimas y entró serena y mansamente a empapar la región de nuestros corazones... Esa misma tristeza, que está ahora tejiendo la invisible tela de una melancolía, con hebras que van uniendo la amargura de un alma con la otra y confundiendo en uno el callado lamento que se escapa y obliga a recogerlos dentro nosotros mismos...

Desde el día aquel de la partida, de que ahora volvemos a dolernos, en el sideral infinito, ha nacido y ha muerto la Luna cinco veces...

En el sideral infinito nacerá y morirá la Luna muchas veces aún... La pena que nos legó el destino será entonces la misma de hoy, y la de hoy... es la misma de ayer. La misma pena... Pena de aquellas que no buscan para ahogarse, arenas del olvido; pena de aquellas que se llevan y sufren por deber, como un tributo de conciencia. Pena que se *lleva* misteriosamente tranquila cuando la marcha de nuestra caravana la adormece con su vaivén, pena que se *sufre* cuando la caravana se detiene al mandato de las graves voces de bronce que dicen su plegaria desgarrando los metálicos pechos, por aquellos que han ido al mas allá...!

La campana ha sonado por un hombre que se llamaba Antonio Porchiatti y nos hemos detenido para sufrir la pena que llevamos; la caravana va a continuar su marcha hasta que llegue a ella nuevamente la plegaria del bronce...



Señores: sea esto un algo de la ofrenda. Y no quise ensalzar los valores morales e intelectuales del hombre, sólo quiero que sean estas páginas, a su recuerdo, como una lágrima que cae....

A las precedentes palabras contestó el Sr. Decano Dr. Rodolfo Rivarola leyendo las páginas que siguen:

Mis jóvenes amigos:

Honrando la memoria de un profesor bondadosísimo, honran Vds. la casa de su enseñanza.

El Consejo Directivo de la Facultad lo ha reconocido así. En su última sesión ha dispuesto adherirse al homenaje que el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras tributa al extinto profesor de lengua latina y primer director que ha tenido la biblioteca de la Facultad.

En estas aulas y en esta biblioteca pasó el Prof. Porchietti los últimos doce años de su vida. Su obligación le imponía la presencia diaria en la casa, desde las primeras horas de la tarde hasta entrada la noche. Su consagración a los libros, al estudio, y a la enseñanza, le habían como espiritualizado, y la concurrencia, en mayor parte femenina y joven, a la cual debió prestar siempre benévola atención, dió a su alma originariamente pura, transparencia angelical. Demasiado casto para formarse una familia según la naturaleza y la sociedad, se formó dos afectos paternales en el corazón y en la mente: la familia de su hermana y la Facultad.

Compartía estos cariños la Escuela Normal, en que también enseñaba. Sabía mucho, de muchas cosas, como hombre que leía mucho y entendía bien y claramente lo que leía. El decano que había, solía llamarle en lugar de abrir una enciclopedia, y con menor tarea que recorrer esta última, le decía: «Sr. Porchietti, Vd. que sabe de todo, ilústreme sobre este punto, o sáqueme de esta duda». Tal consulta le hería siempre de improviso en lo íntimo de su modestia; en el rostro le relampagueaba la risa, con gestos en zig-zag, y no se decidía a la respuesta sino

cuando estaba seguro de que en la pregunta no iba asomo ninguno de broma. Así sirvió también a los alumnos que no en vano se acercaron a él para consultarle sobre cualquiera materia por distante que se hallara del latín. Era ésto lo que podía sacarse de su erudición a través de su modestia exagerada. Mientras somos tantos los que nos apresuramos a hablar y a escribir antes que nadie se manifieste dispuesto a escucharnos o leernos, era menester obligar a Porchietti a que dijera algo de lo que sabía, como si el grueso y espesísimo bigote que le cubría la boca, fuera externa manifestación de su voluntad de callar y ser discreto. Así fué, que bajo cierta presión, aparte de la gramática y de un curso de literatura latina dió otros de conferencias sobre antigüedades romanas. Entre manuscritos suyos que nadie conocía, se ha encontrado una antología americana comentada, en la cual trabajaba sin duda en horas que podía dar al reposo después de su labor de jornalero. Amigo de los libros, le habían estos invadido, inundado la casa como sucede a quienes les acuerdan alguna confianza y familiaridad. Le habían llenado cuanto mueble y cuanto rincón tenía, encima y debajo de las mesas, en los cuartos de recibir, de dormir o de comer y debía suceder así, que concluyeran por echarle de su domicilio, que no poco influyeron sus libros y la pertinacia de su labor mental en debilitarle el corazón, de suerte que una temperatura excesiva de Enero, le derribó como fulminado.

Dejo a los jóvenes que le conocieron y que dan testimonio de haberle amado, el cuidado de reunir melancólicos recuerdos y pensar con cariño en el bondadoso maestro y amigo desaparecido. Correspóndeme decir como si pusiera marco al retrato moral del maestro Porchietti, algo que va pasando a la historia; que ata cada día un nudo en la tela de la vida, mientras la atención del presente aleja la del pasado,— es decir, de los orígenes de nuestro instituto, ya remotos. Desde muchos años en sus Memorias anuales, el rector Basavilbaso, reclamaba la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras.

El pensamiento quedaba escondido en las páginas siempre intactas de los impresos oficiales. De pronto la idea cobró calor. Por un lado el ministro de instrucción pública, Dr. Bermejo; por otro los senadores Dres. Lorenzo Anadón y Francisco L. García, iniciaron respectivamente en las dos Cámaras del Congreso y, en ocasión del presupuesto, la creación de la Facultad. Y surgió así, de una partida de la ley general de gastos.

No tardó en mostrarse el espanto público por la filosofía y por las letras. No vale ya recordar las cosas que se dijeron contra el supuesto almacigo de poetas y filósofos, que pondrían en peligro la prosperidad general del país y la virilidad de su pueblo.

Las personalidades del primer Consejo o Academia fueron positivo sostén de la pobre Cenicienta, como la llamó uno de sus ilustres decanos.

Sólo para nombrar a los que ya no existen, pasan ante mi recuerdo los nombres de Manuel Quintana, Carlos Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Manuel F. Mantilla, Valentín Balbín, y los académicos honorarios que le acordaron el prestigio de sus nombres, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel Lopez.

Fuimos los primeros profesores, José Tarnassi, de literatura latina, Juan J. García Velloso, de literatura española, Vicente García Videla, de lengua latina; los tres fallecidos ya. Enrique García Mérou, de historia, que no tardó en abandonar la cátedra, para la cual tenía tanta vocación; Clemente Frogeiro, de geografía; dueño ahora de su retiro bien ganado, y el que habla para la cátedra única de filosofía, que le cupo el honor de inaugurar el 6 de Agosto de 1896.

Nadie disputaría a José Tarnassi la primicia en el entusiasmo por las letras latinas, con el cual sabía infundir a sus alumnos la curiosidad paciente y sana, que es, como él lo dijo en la prolección de su cátedra, madre de la sabiduría.

Recorro todavía aquel discurso en que exponía su concepción y método en la materia, con el calor del senti-

miento artístico que ardía en su alma, y con aquella pasión por los clásicos latinos, que nos hacía pensar a los profanos, si acaso en su alucinación no daba un ósculo en la mejilla de Horacio o un abrazo a Cicerón, con aquella confianza en la belleza, el bien, que le hacía repetir con su poeta amado: «no hay alma tan dura que no se hable y refine prestando paciente oído a la cultura y al estudio». Prométeme recordar en otra ocasión con mayor detenimiento, los primeros años de la Facultad. Son oscuros aún para muchos entre los primeros que llegaron a aumentar sus filas, a medida que crecieron la labor y el empeño. He dicho ahora de José Tarnassi, porque entre las ocupaciones y preocupaciones de su vida, que fueron grandes, no fué la menor el éxito de la Facultad de Filosofía y Letras, por el cual puso tanto ardor de su alma apasionada y joven, que en poco tiempo dió a la publicidad diversos trabajos, coronados por obra de tanta investigación y tanto mérito, como «Los Poetas del siglo VI de Roma». Y le recuerdo porque en su afán por allegar a la institución naciente y sospechada, a quienes le trajeran virtud y saber, descubrió al profesor Porchietti, venció su modestia de todos nosotros conocida; alegó sus méritos ante la Academia, con la vivacidad de su elocuencia y la insinuación de su amabilidad, y así le trajo, y aquí le dejó como reemplazante en su ausencia que creyó transitoria y que fué, triste y dolorosamente, definitiva.

Y puesto que he nombrado a los que ya fueron, permitidme, al recibir este bronce y en homenaje de quien se ha ido, recordar todavía las palabras del decano Miguel Cané, en un discurso de colación de grados.

Dirigiéndose a las madres, decía: «si en vuestros hijos observáis alguno de grandes ojos vagos y llenos de infinitas interrogaciones; si veis que para él corren muertas las horas cuando inclina sobre un libro su cabeza juvenil; si notáis en él anhelo impetuoso de saber que revela las altas inteligencias, no le detengáis, que este es su centro, esta es su casa, este es su norte.»

Vosotros diréis si ha llegado el alumno anunciado por

Cané, y si es él, el joven Presidente del Centro de Estudiantes, que trae la simpática ofrenda cariñosa; aunque al decirlo para estímulo suyo y de sus condiscípulos y condiscípulas, hiera su modestia.

Terminamos así este acto, sintiéndonos todos solidarios en el destino de esta Facultad que amamos, unidos los que vivimos para honrar a los que también la amaron y murieron. La obra ¡tantas veces ignorada! que se trabaja en el silencio de estas aulas, es de mayor beneficio para la sociedad. No en vano se cultiva la unidad humana a través de los siglos, y en la superficie de la tierra por las letras que expresan los más íntimos dolores y las esperanzas más brillantes del alma; por la historia que registra la acción; por la sociología, que escudriña las leyes que rigen esta última, por la filosofía que sintetiza las extremas conquistas de la ciencia y señala horizontes más amplios al saber; por la moral que engendra la preocupación moral, y con ella asienta la sociedad sobre las bases necesarias de la convivencia en la paz y en el bienestar general.

El homenaje tributado al difunto profesor ha sido concretado en una placa de bronce que será colocada en la biblioteca y que lleva la siguiente inscripción:

MEMORIAE  
ANTONII PORCHIETTI  
QUI XV ANNOS HIC  
DOCUIT LATINE  
BIBLIOTHECAE PRAEFUIT  
COLLEGAE ET DISCIPULI  
STIPE COLLATA

a. p. C. n.

M C M X V

## BIBLIOGRAFIA

---

**Ricardo Rojas.** — HISTORIA DE LA BANDERA. — *Buenos Aires C. Sudam. de B. de Banco.* — 1915. Un folleto de 88 páginas.—Este folleto contiene el prólogo que con el mismo título puso D. Ricardo Rojas al tomo II del *Archivo Capitular de Jujuy*, cuyos tres primeros tomos han sido, por él mismo, recientemente publicados.

El Concejo General de Educación de la provincia de Jujuy ha hecho esta edición, autorizado por ley especial de la legislatura jujeña, «porque ha pensado que la extensión y la índole misma de la obra en que esa monografía ha aparecido impedían su difusión fácil y económica».

Y bien ha pensado, ciertamente, el H. C. y bien ha hecho al llevar a la práctica tal idea porque ¿qué mejor alimento intelectual «argentino», para las generaciones jóvenes de nuestro país, que el de estas hermosas páginas del celebrado autor de «El país de la selva» tan seguras y claras en la disquisición histórica, tan llenas de esa poesía emotiva y evocadora que hace revivir ante nuestros ojos y hasta por nosotros mismos los agitados primeros días de nuestra fiesta nacional y que pone de relieve con nitidez admirable, la denodada figura de Belgrano, el tesonero creador de nuestra bandera y por ella y con ella uno de los más grandes y eficaces propulsores de nuestra nacionalidad?

Dice el autor en la página 29 de su *Historia*: «En el Rosario se «enarboló» la bandera como símbolo militar (1812); el nombre de aquella ciudad se vincula a esa gloria: en ella fué sacada, frente a las aguas del Paraná, que parece ofrecerla en cada nube cuando su vaho de vapor azulá y flota sobre las ondas turbias y movidas como sobre una muchedumbre en marcha... La gloria

de Jujuy consiste en haberla jurado (25 de Mayo de 1812), antes que ciudad alguna, con todas sus clases sociales: clero, milicia, burguesía, pueblo, unidos en denodado consorcio, frente a un ejército enemigo; y en haberla jurado como a símbolo de la nacionalidad».

A. C.

**La función social de nuestra generación.** — Por JOSÉ MARIA MONNER SANS. — Hemos recibido este folleto que contiene impreso el texto de la conferencia leída por el autor en el Ateneo Hispano Americano y patrocinada por la Sección Estudiantes Universitarios de esa institución.

La crítica de este trabajo tuvo ya su exteriorización en el aplauso sincero con que fué recibida, y en efecto, el autor lo merece porque ha esbozado con acertadísima visión, aunque en forma algo superficial por las exigencias de síntesis que a semejantes temas impone el tratarse de una conferencia, las líneas de conducta que debe seguir, los ideales que debe aspirar y los fines que debe cumplir nuestra generación.

El problema, repetimos, ha sido acertadamente planteado y sus soluciones indicadas con un justísimo criterio, y si algo podemos observarle al autor es, en cuanto a las fuentes bibliográficas, que ofrece muchos nombres de escasa significación y de fama casi desconocida, condiciones, las contrarias, muy importantes para dar un valor real, aunque siempre relativo, a los asertos que pueden afianzar o desarraigar nuestras convicciones.

De cualquier modo, Monner Sans, nos muestra una vez más que es de los universitarios que piensan y trabajan y que hay razón para que sea una de las esperanzas que buscan los de ayer, entre nosotros.

J. M. P.

---



## VIDA UNIVERSITARIA

---

**Centro Estudiantes de Filosofía y Letras.**—En una de las últimas sesiones se aprobó el proyecto que transcribimos a continuación cuya importancia y cuyas ventajas se desprenden de su mismo contenido:

### PROYECTO DE RESOLUCION

La C. D. del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, resuelve:

- Art. 1º.* Créase en caracter permanente una Comisión de Conferencias formada por el Presidente del Centro y dos socios, que tendrá como finalidad inmediata dar cumplimiento al inciso C del art. 2º. de los Estatutos, en las mejores formas que estén a su alcance, patrocinando conferencias o cursos de catedráticos universitarios, de personas de nuestra alta esfera intelectual y de todas aquellas que a juicio de la Comisión puedan tratar asuntos que interesen a los estudiantes de esta Facultad.
- Art. 2º.* La Comisión de conferencias durará un año en sus funciones debiendo cada nueva C. D. renovarla en la primera sesión de su periodo.
- Art. 3º.* Esta Comisión se reunirá una vez al mes y todas aquellas que el Presidente lo juzgase oportuno. Las citaciones se harán por la secretaria del Centro.
- Art. 4º.* Una vez dictado el Reglamento interno de la C. D. del Centro, incorpórese el presente articulado en capítulo a parte con el título: «De la Comisión de Conferencias» y fecho, archívese.

FIRMADO: *Jorge M. Piacentini.*

**Asamblea extraordinaria.**—El 14 de Julio reunidos en Asamblea Extraordinaria, los socios del Centro de esta Facultad, procedieron a la elección de un secretario y tres vocales, en reemplazo del Sr. Florian Oliver (Secretario)—que renunció—y de los Señores Romualdo Ardissonne, Hortensia Rausis y José F. Grosso (vocales) quienes quedaron cesantes en sus cargos en virtud del artículo 16 de los Estatutos, siendo reemplazados por los Señores Carmelo M. Bonet (secretario), Emilia Deseo, G. Berman y Enrique P. François (vocales).

\*  
\*\*

**Proyecto.**—El Señor Gregorio Bermann presentó ante la C. D. de este Centro, un proyecto, que ha sido elevado con ciertas modificaciones al C. Directivo de esta Facultad, en la siguiente forma:

*Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.—Dr. R. Rivarola:*

Teniendo en cuenta: que la biblioteca de esta facultad existe sólo nominalmente para numerosos alumnos de la misma por cuanto su horario coincide con el de las horas de clase, y antes de ellas, con las horas de trabajo a que están consagrados la mayoría de los estudiantes para atender a su subsistencia, que por esta causa se hace indispensable la adquisición de obras que por su número y alto precio es casi impracticable y que para ciertos trabajos el conocimiento y consulta de muchos textos exige mayor tiempo que el que ofrece la biblioteca, tengo el honor de presentar al Consejo Directivo que Vd. preside el petitorio aprobado por la C. D. de este Centro confiado en que será acogido con simpatía dado la justicia de los anhelos que encarna y que dice así:

Que la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, preste sus libros a los asociados de este centro bajo las siguientes condiciones:

- 1º) El término por el cual se hará la entrega de los libros será de una semana, pudiendo prorrogarse o deducirse este según el criterio de la dirección de la biblioteca. Cada alumno no podrá llevar más de un libro.
- 2º) No serán entregados los libros de texto constantemente solicitados para ser usados en la misma biblioteca, que, si teóricamente no pueden ser designados, ésto resulta sencillo para el bibliotecario en la práctica. De igual modo, no serán entregados aquellos libros cuya adquisición sea difícil por su rareza, o los que componen una enciclopedia, colección de revistas, antologías, atlas, etc.
- 3º) El Centro Estudiantes de Filosofía y Letras se responsabiliza económicamente por los libros que retiren sus asociados. Al efecto, de los miembros que compone su C. D. se constituirá una comisión que correrá con los trabajos de entrega y recolección de libros. Si los libros no son entregados dentro del término fijado, después de un único caso, la antedicha comisión entregará a la dirección de la biblioteca el importe del libro.

Como puede verse la biblioteca no será perjudicada ni en su régimen ni, en su composición específica y en cambio llenaría elogiosamente su misión con la medida que solicitamos.

Si bien ésta no es de uso corriente en las Facultades de esta ciudad halla similar disposición en muchas extranjeras y en ésta tendría particular facilidad su aplicación dado el número reducido de alumnos que la componen.

Saluda a Vd. con toda consideración,

*Carmelo M. Bonet*

Secretario

*Jorge M. Piacentini,*

Presidente

**Estado de Tesorería.**—Transcribimos a continuación el movimiento de Tesorería correspondiente al mes de Junio:

DEBE

Junio 1°	Saldo en Caja	\$ 157.70	
„ 30	Por cuotas de socios „	130.50	\$ 288.20

HABER

Junio 30	Salidas correspondientes al mes de Junio	\$ 87.00	
„ 30	Saldo en Caja	„ 201.20	\$ 288.20

*J. M. Piacentini*

Presidente

*Elena Suarez*

Tesorera

**Federación Universitaria.**—Damos a continuación, los proyectos aprobados últimamente por la Federación Universitaria:

*Proyecto de resolución reglamentando el inciso (b) del artículo 47 de los Estatutos de la Federación.*

ART. 1°.—Los Centros federados concurrirán a la formación del fondo social con una cuota de diez centavos (\$ 0.10) por cada recibo de socio activo que haya sido cobrado.

ART. 2°.—A los efectos del artículo anterior, cada Centro remitirá mensualmente a la Tesorería de la Federación el movimiento de su Caja social, y cada tres meses un balance autorizado, especificando claramente en ambos documentos cuantos han sido los recibos pagados por socios activos.

ART. 3°.—La contribución de los Centros deberá hacerse efectiva cada trimestre.

ART. 4°.—Declárase obligatoria para los Centros locales la publicación de sus balances.

ART. 5°.—Esea resolución empezará a regir con efectos retroactivos al 1° de Abril.

ART. 6°.—Comuníquese a los Centros Federados.

*La Comisión Universitaria resuelve:*

- ART. 1º.—El precio de venta de las publicaciones-apuntes revistas, etc., de cada uno de los Centros Federados, será para los socios de los demás Centros, el mismo que el que tiene establecido para sus socios.
- ART. 2º.—Las publicaciones que cada Centro entregue gratuitamente a sus asociados o a un precio menor que el de costo, serán vendidas a los socios de los demás Centros al precio de costo.
- ART. 3º.—El carácter de socio de alguno de los Centros Federados se probará por los carnets respectivos, o en su defecto por el recibo del Centro a que pertenezca, correspondiente al pago de una mensualidad no anterior en más de dos meses a la fecha de la compra.

*Campeonato Universitario de Tennis*

PROYECTO

- ART. 1º.—Institúyese un Campeonato Universitario de Tennis, en el que podrán tomar parte, los estudiantes de los Centros Federados.
- ART. 2º.—Cada Centro Federado nombrará un delegado que represente a cada Facultad.
- ART. 3º.—Se constituirá así una Comisión que tendrá amplias facultades para organizar el Campeonato en la forma que considere más conveniente, para el éxito del mismo. Debiendo redactar un reglamento, de acuerdo con el cual deberá verificarse, previa aprobación de la Comisión Universitaria.
- ART. 4º.—Esa Comisión determinará la fecha en que comenzará el Campeonato, debiendo ser en la primera quincena de Agosto; para lo cual, cada Centro deberá inscribirse con diez días de anticipación por lo menos.

**ART. 5°.**—La Federación Universitaria solicitará de la Universidad, la donación de una copa para ser disputada todos los años.

*Carlos M. Sojo*

Secretario

*Victor Baron Peña*

Presidente

**Proyecto de Resolución.** — La Federación Universitaria, resuelve:

**ART. 1°.**— La Federación Universitaria toma á su cargo, la conmemoración del día de los estudiantes.

**ART. 2°.**—El Martes 21 de Septiembre, se realizará el gran festival universitario.

**ART. 3°.**—La Junta Directiva, nombrará una comisión especial que se encargará de lo relativo al mayor éxito de la fiesta.

**ART. 4°.**—Comuníquese a los Centros Federados.

*Carlos M. Sojo*

Secretario

*Jorge M. Piacentini*

Presidente

---

## PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

*El Universitario.*—Hemos recibido los números que, de este periódico, han aparecido hasta hoy y nos complacemos en aplaudir la empresa que acomete y en la que ha de triunfar seguramente, sostenido por la nobleza y generosidad de las aspiraciones que son su mejor razón de existencia.

*Revista de Arquitectura.*—Como órgano del Centro Estudiantes de Arquitectura viene esta revista a la vida, elegantemente impresa, con trabajos e ilustraciones excelentes e interesantes, cualquiera sea la especialidad del lector que la juzgare.

El sumario lleva las firmas de los señores: Juan B. Ambrosetti, Angel L. Gallardo, Pablo Hary, A. Christophersen, Martín S. Noel, Alejandro Bustillo y René Karman.

Nuestros votos de prosperidad.

Hemos recibido:

—Revista del «Centro Estudiantes de Ingeniería», mes de Mayo.

—Revista del «Centro Estudiantes de Medicina», meses de Mayo y Junio.

—Anales de la «Liga de Estudiantes Americanos», mes de Abril.

—Revista del «Centro Estudiantes de Ciencias Económicas», mes de Mayo.

—Revista del «Centro Estudiantes de Odontología», mes de Junio.

—Ética «Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación», meses de Mayo y Junio.

—Revista del «Centro Estudiantes de Ingeniería», mes de Junio.



## Una encuesta

---

El Presidente del Centro de Estudiantes, cuyas actividades por el bien de la asociación no pierde ocasión de demostrar, ha presentado a la Dirección de «Verbum» la siguiente encuesta, con el objeto de que sea tomada en consideración y contestada por los Señores Catedráticos de esta Facultad:

1º.—¿Cómo los estudiantes de Filosofía y Letras podrían estar seguros de las utilidades del título a que aspiran?

2º.—¿Cuál sería la forma más conveniente en que se haría real y efectiva esa seguridad?

Dada la trascendencia de la cuestión y la utilidad que tendrían las opiniones de los Señores Catedráticos, al respecto, les encarecemos el envío de sus respuestas con objeto de publicarlas en el próximo número.

*La Dirección.*

## EL TRIUNFO ARGENTINO

POR VICENTE LÓPEZ Y PLANES

(CONTINUACIÓN)

- 286 Hácele ver el célebre momento  
De alcanzar un renombre distinguido  
De hacer patente la verdad cantada,  
Que el río de la Plata, el cristalino
- 290 Tributo paga a heróicos moradores.  
Muestra a cada uno todo el regocijo  
De que se halla animado: a la cabeza  
De la legión se pone, y hace el signo  
De partir velozmente a la batalla.
- 295 Rompen las cajas con marcial ruido;  
La legión se desprende de su estancia,  
Y rauda marcha con el rostro mismo  
Con que otro tiempo a encantador recreo.  
No la sed ni el cansancio apaga el brío
- 300 De sus pechos fervientes: todo afrontan,  
Todo afrontar nos hace el patriotismo.  
Habían apenas el muy luengo espacio  
Nuestros bravos guerreros ya vencido,  
Cuando ven a lo lejos parda nube
- 205 De polvareda alzarse: ¡el enemigo!  
¡Al arma! ¡al arma! por las tropas se oye,  
Y a la par que él avanza, crece el grito  
Y en mejor orden de ponerse tratan.  
¿Quién, Caliope sacra, al pecho mío
- 310 Podrá inspirar arrebatante fuego,  
Para que cante con lenguaje digno  
La primera expansión de nuestras fuerzas  
Que al anglicano trastornó designios  
En que afianzaba su importante empresa?
- 315 ¿Quién sino tú podrá, que al vate Argivo

- Enseñaste otro tiempo las hazañas  
Y los lances con que los muros Ilios  
Las armas griegas de pavor llenaron?  
Sí, sacra dea, bajo tus auspicios
- 320 Voy a cantar aquel primer encuentro  
De los fuegos britanos y argentinos.  
Luego que el gran Liniers vió ya acercarse  
El batallón contrario a su recinto,  
Preparada la línea con presteza,
- 325 Ordena al artillero dar principio.  
Súbite truena el horroroso bronce  
Y arrasa y mata el plomo despedido  
Cuanto el furor de su carrera encuentra,  
Cual suele el aquilón, con fiero silvo,
- 330 Arremeter los más robustos robles,  
Arrancarlos de raíz embravecidos  
Y esparcirlos con rabia por los aires  
Envueltos en violentos torbellinos  
Y el aura oscurecer con negro polvo:
- 335 Con furor el cañón aun más activo,  
Oscurece, retumba, tala, quema;  
Y todo lo reduce al trance mismo  
Que si aquellos guerreros en el caos  
Se hallaran de repente sumergidos.
- 340 A estrago tan tremendo seguir se oye  
Un tristísimo y lúgubre alarido  
De las miseras víctimas que yacen;  
Y del espanto y del horror transidos,  
Los tímidos bretones, ya la espalda
- 345 Principiaron a dar al enemigo,  
Cuando sus líneas reforzadas miran:  
Reanima su saña el nuevo auxilio,  
Y se aferran de nuevo en el combate.  
Sostiene con ardor, el argentino,
- 350 Esta abrumante carga; triunfo solo,  
Triunfo glorioso anhela embravecido,  
Cual si mortal no fuera. Pero Jove,  
Que los bienes, por medios no sabidos,

- Dispensa al hombre aun más de lo que aspira  
355 Cuando de ellos su esfuerzo se hace digno,  
Preparaba de gloria más tesoros,  
Con que este suelo fuese enriquecido.  
De esta corona en su supremo seno  
Participaban otros dignos hijos,  
360 Y este decreto de cumplirse había.  
Así fué que un espanto repentino  
Discurre toda la legión hispana,  
Al ver la saña con que enfurecido  
La carga el Anglicano. Ya el desorden  
365 Entra en la línea, mas, aquí el caudillo  
Apura los enérgicos recursos  
De su denuedo y celo; pero altivo  
Avanza más y más innúmero hoste,  
Y le es forzoso abandonar el sitio,  
370 No siendo ya posible sostenerlo.  
Aquel en torno queda poseído  
De las armas de Albión, gimiendo todo  
Bajo el más sanguinoso poderío.  
Vosotros Faunos y Driadas bellas  
375 De esta triste verdad me sois testigos,  
Vosotros visteis a las dueñas indas,  
Al temblón viejo, al miserando niño,  
Y al cautivo infelice, mil querellas  
De lo íntimo lanzar al alto Olimpo,  
380 Al verse todos en el trance duro  
De sufrir el extremo sacrificio:  
Vosotros visteis a los dignos héroes  
De la inmortal Albión, envilecidos  
Con el estupro, asesinato y robo;  
385 Vosotros visteis más... ¿pero, qué digo?  
No quisisteis ver más, no mansillaron  
Vuestros célicos ojos tantos vicios;  
Vosotros huisteis a lo más espeso  
De vuestros esmaltados domicilios,  
390 Llevando de aquel campo la alegría  
Y dejándolo en lloro sumergido.

- El padre Febo, que mirado había  
El encuentro feroz, despavorido  
Sus caballos agita y se sepulta  
395 En las ondas del golfo cristalino.  
Lanza entonces la noche al rubio día  
Y el globo entolda con su manto umbrío:  
Entrónase el Pavor y aterra a todos,  
Pues no se alcanzan los decretos divos.  
400 Cree la plebe que torna el malhadado  
Momento de arrastrar los duros grillos,  
Que aun acababa de romperles Jove.  
En este trance doloroso vino  
A dar nervio a las almas abatidas  
405 La briosa legión que había asistido  
Allá en el puente do a pasar venía  
Una gruesa falange de enemigos.  
Sobre las alas del Espanto vuela  
El infausto rumor; todo es perdido,  
410 Refiere alguna lengua asaz medrosa;  
Mas, los campeones de laurel amigos,  
No hacen alto en lo infausto, solo atienden  
Al destrozo sangriento que han sufrido  
Las británicas huestes; aun es tiempo,  
415 Se oye que dicen, de poder destruirlos.  
Este vivo entusiasmo, esta energía,  
Vigorizan de nuevo al argentino  
Y ansias le inspira de perder su aliento  
Contra el tirano, el sanguinario inicuo  
420 Y agresor crudo de sus patrios lares.  
Recibe a esta sazón Balbiani oficio,  
Con orden que las tropas de su mando  
Traiga a la plaza, abandonando el sitio:  
Que llorosa la patria las llamaba,  
425 Cifrando en ellas su potente abrigo.  
No pierde instantes su celoso esfuerzo:  
Los subalternos llama, y persuasivo,  
El atrevido empeño les propone  
De entrar en el momento al centro mismo,

- 430 Que el pueblo en riesgo... De consuno todos  
La palabra le embargan y al partido  
De defender la plaza se deciden,  
Entrando á todo trance; aqueste aviso,  
A los bravos soldados nueva llama
- 435 En sus pechos enciende enardecidos,  
A pesar de las sombras pavorosas,  
Esparcidas por todos los caminos,  
Do podría repente sorprenderlos  
El isleño insidioso, sin ser visto.
- 440 Tan íntimo es el interés que toman  
En dar al duelo patrio un pronto alivio,  
Que aquestos riesgos con valor desprecian  
Y se meten en ellos vengativos,  
Pisan serenos el Terror y Espanto,
- 445 Y penetran al centro reunidos.  
A favor de las sombras, los bretones  
Su fatiga reparan. No eso mismo  
Los argentinos hacen; todos ellos  
De un furor se revisten infinito;
- 450 La defensa meditan; nada excusan  
Que conduzca a este fin. Con claros brillos  
Rutila apenas de Titón la esposa,  
Cuando se une al Alcázar gran gentío  
A guarnecer los muros y las bocas
- 455 De fuego preparadas, y un continuo  
Tumulto armado hacia la plaza corre.  
A sus entradas, con fervor prolijo,  
Los mayores cañones se colocan:  
No así el lago Lerneo defendido
- 460 Se vió otro tiempo del dragón cruento  
Que a toda la comarca el exterminio  
Llevaba en sus flamígeras cabezas,  
En su atroz garra, en su hálito nocivo,  
Como el fuerte y la plaza Bonaerenses
- 465 Lo están con los volcanes destructivos  
De tanto hórrido bronce. En pos de aquesto,  
La altura toman de los edificios

- Situados en las calles principales,  
El resto todo, y los esclavos mismos,  
470 Que no sin parte en entusiasmo tanto  
Con fervor piden armas al Cabildo.  
El bretón aun no ataca; pero el pueblo  
Arde en deseos de probar su brío:  
No espera se aproxime; al anglo campo  
475 Las partidas se van, y con mil tiros  
Ya matan centinelas, ya aprisionan  
Algunos trozos, que de su distrito  
Se alejan a robar. Algunos mueren:  
Mas su ardor no trepida. Con tal tino  
480 Sus pequeños ataques ejecutan  
Que el anglo de feroz tan presumido,  
De su marcial destreza tan pagado,  
No se atreve a ofrecer su cuerpo al tiro  
Y, o da la espalda, o tímido pelea  
485 De los cercos y casas guarecido.  
Dos veces Febo sobre el horizonte  
Naciente se ha hecho ver y fugitivo,  
Y el argentino ejército no cesa  
De llevar el terror al enemigo.  
490 Mas, ya el son horroroso se apercibe  
Del bélico instrumento: he ahí los tiros  
Que al arma avisan: del terrible Mar'e  
Ya el carro estrepitoso es conducido  
Por el campo y las calles argentinas.  
495 Levanta en medio el brazo vengativo  
La Muerte descarnada: horrenda nota  
En la vasta extensión de ambos partidos  
A los que dará fin en la batalla.  
Ya cada jefe con marcial estilo  
500 Sus legiones inflama, que con vivas,  
Responden a sus ecos persuasivos;  
He ahí los anglos, el terror y espanto  
Por las calles llevando: no hay peligro  
Que a su ciego embestir estorbo sea.  
505 En diversas columnas divididos,



- Por todas partes sus fusiles brillan  
En torno amenazando el exterminio.  
Ya se acercan al centro, el centro tocan,  
Ya los ve y se descubre enardecido
- 510 El hispano guerrero, y el combate  
Horroroso principia. Los oídos  
Estruendo solo y confusión perciben:  
El humo en densas nubes de continuo  
Por todas partes sube, y de los ojos
- 515 Desaparece el día. Desprendido  
De las armas el plomo, hiero, mata,  
Destroza todo, y deja en los gemidos,  
En los escombros y truncados miembros,  
Patentizado su letal destino.
- 520 Todo es horror lo que a la vista ofrece:  
La sangre, el fuego, el humo, el estallido,  
El más trágico cuadro representan.  
El bronce horrendo truena: el inaudito  
Estruendo entre las casas y las calles
- 525 Por ecos espaciosos repetidos,  
Multiplica el pavor, el llanto, el luto.  
Se enfurece el bretón con el peligro,  
Y cadáveres huella y carga osado;  
Pero más adelante, o queda herido,
- 530 O víctima de su ira el alma exhala:  
El despecho impele otros, y el perdido  
Puesto recobran sin sentir los ayes  
Del que yace en los últimos deliquios.  
Mas Tisiphone aquí furiosa vuela
- 535 Y empapa en sangre el hórrido cuchillo,  
Una y mil veces: ya su amor no sacia  
La sangre que en las calles ha vertido:  
Asciende a las alturas, y descarga  
Rápidos golpes contra el argentino.
- 540 Estos, emperc, al monstruo menosprecian,  
Y recobrando pavorosos bríos,  
Vengan con muertes mil, una tan solo  
Que a su vista sufrió cercano amigo.

- Ya no hay moderación: se precipitan  
545 Y con arrojo buscan el peligro;  
Ya indecoroso juzgan mantenerse  
En ventajosa altura, y este abrigo  
Al momento abandonan. Como corren  
Con ímpetu raptor los grandes rios  
550 Al despeñarse de los altos Andes,  
Que rabiosos batiendo con los riscos  
Mil enormes peñascos arrebatan  
Y los llevan rodando al precipicio;  
Así los españoles a las calles  
555 Se lanzan con furor, matando invictos,  
O haciendo prisionero al anglicano  
Que encuentran por doquier hacen camino.

(Continuará)

---

# A. Persii Flacci

## SATIRA PRIMA

O curas hominum! o quatum est in rebus inane!  
Quis leget hæc?

--Min' tu istud ais?

—Nemo hercule.

—Nemo.

Vel duo, vel nemo, Turpe et miserabile.

—Quare?

Ne mihi Polydamas et Troiades Labeonem  
Prætulerint? nugæ. Non si quid turbida Roma  
Elevet, accedas: examenve improbum in ista  
Castiges trutina: nec te quæsiveris extra.  
Nam Romæ quis non...?

—Ah! si fas dicere...?

—Sed fas,

Tunc quum ad canitiem et nostrum istud vivere triste  
Adspexi, et nucibus facimus quæcumque retictis,  
Quum sapimus patruos; tunc..., tunc... ignoscite

10

—Nolo.

—Quid faciam?... sed sum petulanti splene cachinno.

—Scribimus inclusi, numeros ille, hic pede liber...

—Grande aliquid, quod pulmo animæ prætergus anhelet.

Scilicet hæc populo, pexusque, togaque recenti,

15

Et natalitia tandem cum sardoniche albus.

Sede leges celsa, liquido quum plasmate guttur

Mobile collueris, patranti fractus ocello...

Hic neque more probo videas, neque voce serena

Ingentes trepidare Titos, quum carmina lumbum

20

Intrant, et tremulo scalpuntur ubi intima versu.

Tun, vetule auriculis alienis colligis escas?

Auriculis, quibus et dicas, cute perditus, ohe!

—Quo didicisse, nisi hoc fermentum, et quæ semel intus

Innata est, rupto jecore, exierit caprificus?

25

—En pallor seniumque! o mores! usque adeone  
 Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter?  
 —At pulchrum est digito monstrari, et dici: hic est.  
 Tun' cirrorum centum dictata fuisse  
 Pro nihilo pendas?...

—Ecce inter pocula quarunt 30  
 Romulidæ saturi, quid dia poemata narrent,  
 Hic aliquis, cui circum humeros hyacinthina lana est.

Rancidulum quiddam balba ce nare locutus,  
 Philidas, Hypsipylas, vatam et plorabile si quid  
 Eliquat, et tenero supplantat verba palato. 35  
 Assensere viri: nunc non cinis ille poeta.

Felix! nunc levior cippus non imprimit ossa!  
 Laudant convivæ: nunc non e manibus illis,  
 Nunc nunc e tumulo fortunataque favilla  
 Nascentur violæ!

—Rides, ait, et nimis uncis 40  
 Naribus indulges. An erit, qui velle recuset

Os populi meruisse; et, cedro digna locutus,  
 Linquere nec scombros metuentia carmina nec thus?

—Quisquis es, o molo quem ex adverso dicere feci,  
 Non ego, quum scribo, si forte quid aptius exit,  
 (Quando hæc rara avis est), si quid tamen aptius exit,  
 Laudari metuam; ne enim mihi cornea fibra est.

Sed recti finemque extremumque esse recuso  
 EUGE tuum, et BELLE, Nam BELLE hoc exute totum;  
 Quid non intus habet? non hic est Ilias Atti 50

Ebria veratro? non, si qua eligidia crudi  
 Dictarunt proceres? non, quidquid denique lectis  
 Scribitur in citreis? Calidum sis ponere sumen;

Sis comitem horridulum trita donare lacerna:  
 Et, verum, inquis amo; veram mihi dicite de me. 55  
 Quî pote? Vis dicam? nugaris, quum tibi, calve,

Pinguis aqualiculos propenso sesquipedæ exstet!  
 O Jane, a tergo quem nullâ ciconia pinsit,  
 Nec manus auriculas imitata est mobilis altas,  
 Nec linguæ, quantum sitiât canis Apula, tantum! 60  
 Vos, o patricios sanguis, quos vivere fas est

- Occipiti cæco, posticæ occurrite sannæ.  
Quis populi sermo est?  
— Quis enim, nisi carmina molli  
Nunc demum numero fluere ut per læve severos  
Effundat junctura unguis? Scit tendere versum 65  
Non secus ac si oculo rubricam dirigat uno;  
Sive opus in mores, in luxum, in prandia regum  
Dicere, res grandes nostro dat Musa poeta.  
Ecce modo heroas sensus afferre videmus  
Nugari solitos græce, nec ponere lacum 70  
Artifices, nec rus saturum laudare: «UBI corbes,  
Et focus, et porci, et fumosa Palilia feno;  
Unde Remus, sulcoque terens dentalia, Quinti,  
Quum trepida ante boves dictaturam induit uxor.  
Et tua aratra domum lieto talit...» Euge, poeta. 75  
Est nunc *Brisæi* quem venosus liber Acci,  
Sunt quos Pacuviusque et verrucosa moretur  
*Antiope*, «ærumnis cor luctificabile fulta.»  
Hos pueris monitus patres infundere lippos  
Quum videas, quæris unde hæc sartago loquendi 80  
Venerit in linguas, unde istud dedecus, in quo  
Trossulus exultat tibi per subsellia lævis?  
Nilne pudet capiti non posse pericula cano  
Pellere, quon tepidum hoc optes audire: **DECENTER?**  
Fur es, ait *Pedio*. *Pedius* quid? crimina rasis 85  
Librat in antithetis: doctas posuisse figuras  
Laudatur: bellum hoc. Hoc bellum! an *Romule*, coves?  
Men moveat quippe, et, cantet si naufragus, asem  
Protulerim? Cantas, quum fracta te in trabe pietum  
Ex humero portes. Verum nec note paratum 90  
Plorabit, qui me volet incurvasse querela.  
— Sed numeris decor est et junctura addita crudis.  
— Claudere sic versum didicit: «*Berecynthius Attin*,  
Et qui : «*Cærulem* dirimebat *Nerea Delphin*;»  
Sic: «*Costam* longo subduximus *Apennino*.» 95  
**ARMA, VIRUM**, nonne hoc spumosum et cortice pingui?  
— Ut ramale vetus prægrandi subere coctum.  
Quidnam igitur tenerum, et laxa cervice legendum?

- «Torva Mimalloneis implerunt cornua bombis,  
 Et raptum vitulo caput ablatura superbo 100  
 Bassaris, et lyncem Mænas flexura corymbis  
 Evion ingeminat: reparabilis adsonat Echo.»  
 Hæc fierent, si testiculi vena ulla paterni  
 Viveret in nobis? summa delumbe saliva  
 Hoc natat in labris, et in udo est *Moenas et Attin.* 105  
 Nec pluteum caedit, nec demorsos sapit unguës.  
 —Sed quid opus teneras mordaci radere vero  
 Auriculas? vide, sis, ne majorum tibi forte  
 Limina frigescant: sonat hic de nare canina  
 Littera.  
 —Perme equidem sint omnia protinus alba: 110  
 Nil moror. Euge, omnes, omnes bene miras eritis res.  
 Hoc juvat: Hic, inquis, veto quisquam faxit oletum.  
 Pinge duos angues: pueri, sacer est locus: extra  
 Mejite: discedo. Secuit Lucilius urbem,  
 Te, lupe; te, Muti; et genuinum fregit in illis: 115  
 Omne vafer vitium ridenti Flaccus amico  
 Tangit, et admissus circum præcordia ludit,  
 Callidus excusso populum suspendere nasso:  
 Men'mutare nefas, nec clam, nec cum scrobe?  
 —Nusquam.  
 —Hic tamen infodiam: vidi, vidi ipse, libelle: 120  
 Auriculas asini Mida rex habet.» Hoc ego opertum,  
 Hoc ridere meum, tam nil, nulla tibi vendo  
*Iliade.* Audaci quicumque afflate Cratino,  
 Iratum Eupolidem prægrandi cum sene palles,  
 Adspice et hæc, si forte aliquid decoctius audis. 125  
 Inde vaporata lector mihi feveat aure;  
 Non hic, qui in crepidas Grairum ludere gestit  
 Sordidus, et lusco qui possit dicere, LUSCO;  
 Sese aliquem credens, Italo quod honore supinus  
 Fregerit heminas Areti ædelis iniquas; 130  
 Nec qui abaco numeros.et secto in pulvere metas  
 Scit risisse vafer, multum gaudere paratus,  
 Si cynico barbam petulans nonaria vellat.  
 His mane edictum, post prandia Callirhoen do.